



EL CONDE DE OLSBACH.

COMEDIA

EN CINCO ACTOS,

EN PROSA,

DEL TEATRO ALEMAN, ARREGLADA AL TEATRO ESPAÑOL.

MADRID
EN LA OFICINA DE D. BENITO GARCÍA, Y COMPAÑÍA.
AÑO DE 1801.

Se hallará en las Librerías de Quiroga, calle de las Carretas y de la Concepcion Gerónima.

ACTORES.

El Conde de Olsbach, *Señor Manuel García Parra.*

La Condesa, su madre, *Señora Manuela Carmona.*

Julia, hermana del Conde, *Señora Rosa García.*

Monsieur Vernin, Capitan reformado, *Señor Antonio Ponce.*

Monsieur Stornfels, Coronel reformado, *Señor Antonio Pinto.*

Madama Orlehim, su hija, *Señora Rita Luna.*

Madama Wandel, *Señora María Rivera.*

Catalina, su sobrina, *Señora Joaquina Arteaga.*

KULPEL, Mayordomo del Conde, *SEÑOR JOSEF OROS.*

CARLOS, criado anciano del Conde, *SR. FRANCISCO BACA.*

FELIPE, otro criado del Conde, *SEÑOR ALEXANDRO AGUIRRE.*

VARIOS DOMESTICOS, QUE NO HABLAN.

La Scena pasa, parte en la casa del Conde de Olsbach, y parte en la de Madama Wandel.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un salon, magnificamente adornado, en la casa del Conde de Olsbach.

SCENA PRIMERA.

Cárlos, ocupado en hacer una maleta, Felipe y otros criados.

A Felipe.

Cárl. Toma, guarda este uniforme: creo que el amo no le necesitará.

Felip. ¿Es cierto que ha hecho su dimision?

Cárl. Sí, muy cierto. ¡No sé, á la verdad, qué es lo que se le ha metido en la cabeza! Le desconozco desde que ha venido del exército. Yo creo que ha perdido el juicio: hoy es su cumple años, y quiere marchar á sus estados. ¿Qué irémos á hacer allí?... ¿á coger páxaros?

Felip. Yo creo que el amo tiene algun gran pesar: porque he notado que se hace violencia para mostrarse alegre. Ayer tarde le sorprendí llorando, y hablando consigo mismo, creyendo

que estaba solo. No pude comprehender nada de lo que decia; solo ví que tenia un papel en la mano, y en él fixados tristemente los ojos: un momento despues los levantó al cielo suspirando; profirió algunas palabras interrumpidas de suspiros, entre las quales solo pude percibir estas: ¡*Desgraciada Emilia*!... *las llamas*... Se arrojó al punto sobre un sofá, y lloró amargamente. En esto entra la Condesa, y (¿lo creerás?) al instante se reportó, y la recibió con semblante sereno: qualquiera hubiera dicho que no le habia pasado nada.

Cárl. A no ser que se le haya muerto algun amigo. Porque sino, ¿para qué esos vestidos de luto que ha metido en la maleta?

Felip. Preciso es que sea eso.

Acaba de hacer la maleta, mete en ella Cárlos algun libro, y dice:

Cárl. Ya está concluído esto.

La cierra, se guarda la llave, y dice á los criados.

Vamos; llevad esta maleta, y ponedla en el coche. *A Felipe.*

Tú dí al cochero que esté pronto; yo no sé á qué hora marchará el amo.

SCENA II.

Los mismos y Kulpel.

Kulp. Felipe, trae mi desayuno, que está en la antecámara.

Vase Felipe.

Buenos dias, Cárlos.

Pone una mesa, y coloca las sillas.

Cárl. Buenos dias, señor Kulpel...

Kulp. ¿Está ya visible el amo?

Cárl. Todavía no.

Kulp. ¿Quándo marchais?

Cárl. No lo sé.

Kulp. ¿Y dónde vais?

Cárl. Lo ignoro.

Kulp. ¿No ha dicho nada ayer tarde el amo?

Cárl. Nada.

Kulp. ¿De quién podrá ser aquella carta que recibió?

Cárl. No sé.

Luego que ha arreglado las sillas, quiere irse.

Kulp. ¿Me avisará vm. luego que se levante el amo?

Cárl. Sí señor. *Vase.*

SCENA III.

Kulpel y Felipe, que trae una botella, vasos, y un plato con cosas de pasta.

Va á sentarse en un camapé, en el fondo de un salon.

Kulp. Acércame la mesa, Felipe.

Pone Felipe la botella y los platos en una mesa, y la arrima al canapé donde está sentado Kulpel.

Mirando la botella.

¿Este vino es del bueno?

Felip. Qué sé yo.

Tose.

Kulp. Yo creía que lo habias probado.

Felip. No me gusta probar. Quando tengo á mi lado una botella, no le perdono gota; esta es una falta que yo suelo tener.

Tose.

Kulp. Si tienes sed... vé á mi quarto, y hallarás en cierta parte una botella.

Felip. No tengo sed, señor Kulpel. *Vase.*

SCENA IV.

Kulpel solo.

Kulp. Este bestia es hombre de bien.

Bebe, y recorre algunos papeles.

Trescientos y cincuenta escudos del arrendador: por los ganados muertos ciento y cincuenta: de los reparos de la quinta quinientos escudos. Si esto pasa, estoy contento.

Tose.

Y esto sin contar las ganancias de la cocina: aunque este maldito cocinero no dexa ganar cosa de provecho, todavía es hombre de bien...

Bebe.

Sobre las demas oficinas he atrapado unos cincuenta escudos... ¡Brabo! Con esto mi contingente asciende este mes á quinientos escudos, que son cincuenta mas que el anterior. ¡Muy bien!... Esta adeala, junta con las anteriores, forma una suma decente... Solo hubiera querido que durase la guerra cinco ó seis meses mas: pero justamente se ha hecho la paz quando yo empezaba á hacer mi negocio... Yo creo que esto es obra del diablo, que en todo se mezcla.

¿Pero yá qué se ha de hacer?... Lo mejor será pillar quanto se pueda, y luego escapar... Sin embargo, quisiera que ántes se marchase el Conde.

SCENA V.

Kulpel, Felipe, que introduce á Madama Wandel.

Felip. Hay le tiene vm. *Vase.*

Aparte.

Kulp. ¡O! la posadera de mi hermosa viuda.

En vóz alta.

¿Qué me quiere vm., mi amiga Madama Wandel?

Valbuciendo.

Mad. Señor, perdone vm. por la libertad que me he tomado. No puede vm. imaginarse el trabajo que me ha costado llegar hasta aquí. Luego que pregunté por vm., se empezáron á mofar los criados: ¿lo querrá vm. creer?... Me han dicho, que solo era vm. el mayordomo del Conde.

Kulp. Esos idiotas hablan segun comprehenden. Me llaman mayordomo porque, como soy íntimo amigo del Conde, le ayudo á cuidar del manejo de su casa... ¡Y bien! ¿qué tiene vm.

que decirme, Madama Wandel? ¿cómo va por casa?

Mad. Como Dios quiere. La pobre señora está enferma.

Kulp. ¡Enferma!

Mad. ¡Ah! sí señor. Está con una inquietud mortal. Su padre no ha ido á casa esta noche.

Kulp. ¡No ha ido á casa esta noche!

Mad. Nos tememos que le haya sucedido alguna desgracia.

Bebe.

Kulp. ¡Alguna desgracia!

Mad. ¡Pobre señora!... Me ha causado mucha compasion... Yo soy muy sensible; no puedo ver padecer á nadie: con el mayor gusto partiría con ella quanto tuviese...

Sollozando.

¿Querrá vm. creer, que se ha visto ya precisada á vender su ropa?

Kulp. ¡Su ropa!

Mad. Sí, señor; y como sé la intimidad que vm. tiene con el señor Conde, he venido á suplicarle que le hableis en favor de estas pobres gentes.

Tose.

Kulp. Y dígame vm., Madama Wandel; ¿en qué

estado estoy yo con la hermosa afligida?

Mad. ¿Quién pregunta eso? Hace gran aprecio de usted.

Kulp. Bueno, bueno: yo tambien cuidaré de ella.

Mad. El cielo recompensará á vm... ¡Mis facultades son tan cortas!... Señor Kulpel, confieso á vm. que estoy temiendo no le haya sucedido algun azar al Coronel; jamas se ausenta de noche. Dios quiera que no haya muerto. Su amable hija moriría de pena.

Kulp. Tranquilícese vm., Madama Wandel, todo irá bien. Vuelva vm. á casa, haga presentes á Madama mis respetos, y dígale que tendré luego el honor de hacerla una visita.

Mad. No dexaré de hacerlo: pero sobre todo encargo á vm. no la diga que le he hablado de ella. Ya la conoce vm.; tiene todas las mas bellas qualidades; pero es tan rara como su padre. Son pobres, pero no recibirán socorro alguno de nadie.

Kulp. Eso queda de mi cuenta... Escuche vm., Madama Wandel: quando venga vm. otra vez, pregunte lisa y llanamente por Monsieur Kulpel, porque aunque tengo otros dictados, no soy orgulloso, ni quiero prevalerme de mis títulos de

nobleza: ¿entiende vm., Madama Wandel?

Mad. Basta, señor Kulpel. Es vm. el verdadero retrato de Madama Orlehim; es seguramente tan poco vana como vm.

Kulp. Recomiendo á vm., sobre todo, mis intereses con ella: yo sabré mostrarme agradecido... A Dios, Madama Wandel; iré allá al mediodia indefectiblemente.

Mad. Muy bien, señor Kulpel; doy á vm. gracias por sus favores. *Vase.*

SCENA VI.

Kulpel solo.

Kulp. Esto se compondrá; sí, se compondrá. Madama Orlehim está falta de todo, y Kulpel tiene dinero... Pero aquel maldito Coronel, su padre... A bien que la necesidad le domeñará.

SCENA VII.

Monsieur Vernin, Kulpel y Felipe.

A Felipe.

Vern. Diga vm. al senor Conde, que estoy aquí.

Felip. Voy al punto, señor Capitan.

A Monsieur Vernin.

Kulp. Aun no se ha levantado el señor Conde.

Apura la botella.

Toma, Felipe, quítala.

Quita Felipe la mesa, con quanto hay en ella, y la pone en su lugar.

SCENA VIII.

El Conde de Olsbach, Cárlos y los anteriores. El Conde, con semblante afligido y leyendo una carta, sin mirar á nadie. Kulpel, al ver al Conde se levanta con prontitud, y se acerca á él respetuosamante.

A Felipe.

Cárl. Vé á decir al cochero, que el amo hará todavía algunas visitas ántes de marchar. *Vase Fel.*

Siempre fixos los ojos en la carta.

Cond. ¡Kulpel!

Kulp. ¡Señor!

Cond. ¿No basta que yo proporcione á todos los que me sirven medios de aumentar su fortuna honradamente, sino que tambien me han de engañar?

Kulp. ¿Engañar, señor Conde?

Cond. El administrador de la hacienda de Bensheim ha vendido en secreto todas las reses.

Kulp. ¿Será posible?

Cond. Y ha partido con vm. el importe de ellas, para empeñarle á que me diga que han muerto todas de peste.

Kulp. ¿Conmigo?

Cond. En las últimas cuentas hallo además un error de cien luises.

Kulp. ¿Un error?

Cond. En la cuenta de los frutos que ha rendido la hacienda de Pliser he hallado asimismo una equivocacion contra mí.

Kulp. ¿Una equivocacion?

Cond. No quiero tener un pícaro al frente de mis negocios. Mi secretario le ajustará á vm. la cuenta, y le pagará sus salarios. Váyase vm. al punto de mi casa.

Kulp. ¡Pero, señor!

Cond. No mas réplicas: váyase vm. *Vase Kulp.*

Vé el Conde á Monsieur Vernin y le dice:

¡Ay, amigo mio! perdonadme... ¿Por qué no habeis entrado á mi gabinete?

A los Criados.

Traed sillas.

Vern. No mas ceremonias, Conde... ¿Mas por qué no haceis que os dé cuentas ese bribon?

Cond. Ya le echo de mi casa; harto castigado queda.

Vern. Pero debe restituiros...

Cond. Todo está ya arreglado.... ¡Cárlos!

Sale Cárlos.

Dí al Baron, que le espero luego en mi quarto, que tenemos que hablar.

A los demas Criados.

Dexadnos solos. *Vanse todos.*

SCENA IX.

El Conde y Monsieur Vernin.

Cond. ¡Ay amigo!... ¡Ya no exîste!...

Vern. ¿Estais cierto de eso?

Cond. Leed esa carta.

Despues de leerla.

Vern. En efecto, parece cierta vuestra desgracia... ¡Quánto os compadezco!

Cond. Toda mi firmeza me abandona... No puedo soportar un golpe tan terrible.

Vern. ¿Qué habeis resuelto hacer?

Cond. Marcharme.

Vern. ¿Y á dónde?

Cond. A mi hacienda de Bensheim.

Vern. ¿Y quándo?

Cond. Hoy al mediodia.

Vern. ¿Hoy?

Cond. Quanto ántes será mejor... ¡Ay amigo mio! Mi desgraciado matrimonio es un secreto para todo el mundo; solo vos le sabeis. Hasta aquí habia vivido algun tanto tranquilo, porque aun conservaba algun resto de esperanza; mas al presente, que me veo reducido á tal extremo, no podré ya ocultar mi pena por mas tiempo. Mi madre, mi hermana, mis conocidos, todos procurarán investigar la causa de mi afliccion. La soledad es el único medio de substraerse á sus averiguaciones, y moderar mi pena... ¡Pero qué digo moderar! ¡Ah! ¿podré esperarlo?

Vern. ¡Conde! ¿qué se ha hecho esa razon tan ilustrada, esa firmeza de sabio? ¿Abjurais de aquella moral filosófica, que ha sido el principio de todas vuestras acciones? ¿Queréis dexar el mundo, y sepultaros vivo? ¿Habeis reflexîonado con madurez sobre vuestra resolucion? ¡Qué! ¿podréis arrancaros de los brazos de una madre, de una

hermana, de un amigo que os adoran? ¿Qüeréis despedazar, alejandoos, todos los corazones donde reinais?... ¿Abandonaréis al rigor de la suerte á tantos infelices que esperan vuestros beneficios, y bendicen vuestra exîstencia?

Cond. Mi persona es la única que alejo del mundo; mis bienes quedan en él.

Vern. Es necesario que tambien quede vuestra persona. La soledad no hará mas que exâsperar vuestra pena, y al fin vendréis á ser víctima de ella.. No, no puedo pensar en ello, sin entristecerme... Dexad vuestro proyecto, Conde: el torbellino de los negocios no dexará de distraeros de vuestras penas. En el seno de vuestra familia, y en los brazos de vuestro amigo volveréis á hallar la tranquilidad y el consuelo que habeis perdido.

Cond. ¿La tranquilidad?... ¡Ah!...

Vern. ¡Conde, me atemorizais!

Le mira algunos momentos.

¿Qué es lo que va á ser de vos? ¡Ese mirar espantado!

Pensativo y la vista fixa en el suelo y perturbada.

Cond. ¡Emilia!... ¡Representaos á mi Emilia!... ¡Vedla buscando auxîlio, con pasos trémulos!... Quiere huir, y no puede... Las puertas estan cer-

radas; vuelve; levanta las manos al cielo, y le suplíca que la salve... Pero en vano... en vano vé venir gente á socorrerla... Las rápidas llamas penetran por todas partes... La rodean... y bien presto la devoran... ¡Ah!...

Cae en los brazos de Vernin.

Vern. ¡Cruel memoria!... ¡O amigo mio!... Siento toda vuestra desgracia... Conozco todo el horror de este fatal suceso... ¡Estoy bien distante de exîgiros que domineis á vuestro profundo dolor!.. Despues de seis meses que os tiene lacerado el corazon, aun está vertiendo sangre la llaga... Pero probad, á lo ménos, si acaso será posible dar algunas treguas á vuestra afliccion.

Cond. ¡Ah!... ¿Puedo yo acaso?... Muchas veces procuro ahogar mis pesares, aparento en los negocios un semblante tranquilo; y aun procuro tal vez volver á mi antigua alegría... Pero, ¡ó cruel sacrificio!... ¡ó inútil violencia!... Bien presto vuelve la pena á apoderarse de mi corazon y despedazarle, y estas nuevas crisis son mucho mas violentas.

Despues de un momento de reflexîon.

Vern. No quiera Dios que yo aumente vuestros tormentos; pero tengo una súplica que hace-

ros... es poca cosa, y me la habeis de otorgar.

Cond. Disponed de mí.

Vern ¿Me dais vuestra palabra?

Cond. Sí, os la doy.

Vern. Pues no os vayais hoy. *Vase.*

SCENA X.

El Conde solo.

Cond. ¿Cómo?... ¡Vernin!... ¡Qué súplica tan extraña!... ¡Que no me vaya hoy!... ¿Y por qué?... ¿Qué es lo que intenta?... Pero le he dado mi palabra; es fuerza cumplirla... ¡Cárlos! ¡Cárlos!

Sale Cárlos.

Cárl. Aquí estoy, señor.

Cond. Ya no me marcho hoy.

Cárl. ¿Y para qué dia queda señalada la marcha?

Cond. Para mañana temprano.

SCENA XI.

Los mismos y Felipe.

Felip. Un criado del jóven Conde de Bernin me ha entregado esta carta.

Tomándola la abre y lee.

Cond. ¿Sin sobreescrito? Es para el Baron.

Prosigue leyendo.

¡Cómo! ¿Intenta reñir en desafio?

A Felipe.

¿Dónde está el Baron?

Felip. En el quarto de mi señora.

Cond. Te encargo, que no le pierdas de vista.

Felip. Está bien, señor. *Vase.*

Cond. Es fuerza ir á casa del Ministro.

A Cárlos.

Que me pongan el coche.

Cárl. Voy á mandarlo al instante. *Vase.*

SCENA XII.

El Conde solo.

Cond. ¡Imprudente!... Desprecia mi amistad, y vá corriendo á su perdicion... ¿Le abandonaré á su destino?... Sería demasiado rigor... Es un aturdido; pero no es malvado... Es preciso socorrerle... ¡Qué desgraciado soy!... ¡Ah! ¡Quán dificil le es al hombre de bien cumplir con todas sus obligaciones, quando tiene el corazon lleno de amargura! *Vase.*

ACTO SEGUNDO.

SCENA PRIMERA.

El Conde de Olsbach, Cárlos y Felipe.

Cond. Basta, Felipe: quédate aquí.

Felip. ¡Señor!...

Cond. ¿Y bien?

Felip. Vuestro mayordomo Kulpel ha dexado doscientos escudos guardados en un armario de su quarto. Vino á recogerlos; pero huyóse apénas supo vuestra llegada.

Cond. Si vuelve á poner aquí los pies, que le detengan, y le lleven á la cárcel... ¡Insolente!...

A Cárlos.

Cárlos.

Cárl. ¿Señor?

Cond. Desde hoy serás mi mayordomo. Los doscientos escudos, que ese bribon ha dexado en su quarto, partirlos entre los dos. Y tú, Felipe, entrarás en la plaza de Cárlos... Allí viene Vernin: dexadnos solos.

Cár. y Felip. ¡Señor!

Cond. Andad; basta: este ascenso se os debe de

justicia; portaos, como yo espero, y no me deis mas gracias.

Vanse Cárlos y Felipe, dando al Conde muestras de la mayor satisfaccion y gratitud con sus ademanes.

SCENA II.

El Conde y Vernin.

Cond. ¡Ay amigo mio! ¡qué obligacion tan gravosa para mi corazon me habeis impuesto!

Vern. No tanto como pensais... ¿Me será permitido preguntaros dónde estabais media hora hace?

Cond. En casa del Ministro, para componer un lance bastante pesado, que ha sucedido con mi pupilo el Baron... Pero lo que hace á vuestras pretensiones, todo está concluído. La corte se acuerda de vos, y siente no haber atendido quanto ántes á vuestros servicios.

Vern. Mi querido amigo, ¡quántos favores os debo!

Cond. ¿Qué hablais de favores? ¿No somos amigos?... Pero dexemos esto, y decidme: ¿por qué exîgís de mí que no me marche hoy?

Vern. Ya lo sabréis, amigo: mas no me insteis mucho por ahora. Permitidme, sí, que repare una

falta que he cometido esta mañana.

Cond. ¿Queréis evitar el responderme?... sea como querais... Y bien, ¿quál es esa falta?

Vern. Se me olvidó hablaros de un Oficial anciano, de mucho mérito, que está retirado del servicio, sin bienes y sin proteccion.

Cond. ¿Cómo se llama?

Vern. El Coronel Stornfels.

Cond. Traedle hoy á comer.

Vern. Con mucho gusto, si es que puedo moverle á que venga.

Cond. ¿Y por qué no?

Vern. La desgracia le ha hecho adusto y misantropo. Aborrece, y huye la sociedad de los hombres.

Cond. Ya me conoceis; no saldrá quejoso de mí. Hacer bien á los desgraciados, es el único placer que me queda ya en esta vida.

Vern. ¿El único?... Puede ser... seguramente será el mayor de que podais gozar... ¡Amigo mio! ¿por qué estais siempre tan inquieto y taciturno? ¿Por qué ese tono tan triste? animaos; yo os lo ruego.

Cond. ¡Ay amigo! ¿acaso puedo?

Vern. Sí, Conde, sin duda podeis. Evitad la sole-

dad tan dañosa para los corazones afligidos, restituídos á la sociedad; entregaos á las ocupaciones, y renacerá la tranquilidad en vuestro corazon; se reanimará vuestra natural alegría, y...

Cond. ¿Qué es lo que decís?... ¿creeis que tengo fuerzas para todo eso? ¡Ay amigo mio! Dentro de poco tiempo seré víctima de mi pena. Es imposible que pueda entrar la alegría en mi corazon. No, Vernin: ofenderiais la memoria de mi esposa desgraciada, si creyeseis lo contrario.

Vern. No, amigo mio... ¿Mas por qué vuelvo yo á abrir de nuevo una llaga que está vertiendo sangre todavía?... A Dios, voy á buscar á ese desgraciado Coronel. Necesitais tener con qué distraeros.

Triste.

Cond. ¡Vernin!

Vern. ¡Amigo mio!

Cond. ¿Volveré á veros pronto?

Vern. Dentro de un momento... Pero, Conde, quisiera veros tranquilo. *Vase.*

SCENA III.

El Conde solo.

Cond. ¡Tranquilo!... ¡Yo tranquilo!... ¡con la violencia que padezco!... ¡con la pena que me devora!... ¡Desgraciado Olsbach!... ¡Emilia! ¡Emilia mia!... La he perdido,... y con ella el reposo, la felicidad y la alegría!... ¡Nada me queda ya, nada!... ¡Importuna grandeza! ¡Si, á lo ménos, pudiese tu brillo hacer á mi alma alguna ilusion!... Mas á todas partes me sigue esta pena que me destroza el corazon: por todas partes van preñados de lágrimas mis ojos... y es forzoso reprimirlas; sí, es forzoso... ¡Ah! logre yo siquiera retirarme quanto ántes, para derramar tantas lágrimas como debo á mi Emilia.

SCENA IV.

La Condesa, madre del Conde, Julia su hermana, y el Conde.

Julia, que ha oído las últimas palabras, dice:

Jul. ¡Tantas lágrimas como debo á mi Emilia!...

A la Condesa.

¿Lo ha oído vm., madre?

El Conde las vé, y procura reponerse; sale á recibirlas, y besa la mano á su madre.

Condesa. Buenos dias, hijo mio.

Jul. Hermano, muy buenos dias. Habrás advertido que hemos gastado hoy mucho tiempo en el tocador; y es que hemos resuelto celebrar tu cumple años.

Cond. ¡Vms. son tan buenas!

Jul. ¡A la verdad que este es un cumplido bien miserable!

El Conde vuelve la cabeza para enxugarse las lágrimas.

¿Cómo? ¡nuestro filósofo se enxuga las lágrimas!... ¡Hermano mio! ¡Pues qué! ¡en semejante dia se ha de llorar!

Cond. ¡Ay hermana!

Jul. Tambien yo tengo motivos para llorar; y sin embargo me hago violencia, y aun me siento bien dispuesta para incomodar un poco á cierto gran genio que yo conozco.... veamos: empecémos por un corto interrogatorio... Madre preguntará, mi señor hermano responderá, y yo seré el juez. ¿Dónde estan los criados? ¡Felipe!

Sale Felipe.

Felip. ¿Señorita?

Jul. Asientos. Es necesario sentarnos, porque si no, nos cansarémos.

Se sientan, y vase Felipe.

Pregunto, pues, en nombre de madre: ¿por qué el señor Conde se nos quiere marchar tan precipitadamente?

Cond. Por causa de unos asuntos que tengo pendientes en mis estados, y exîgen necesariamente mi presencia.

Jul. ¿Qué asuntos?... ¿Todas las haciendas no estan arrendadas?

Condesa. Hablémos seriamente, hijo mio: toda tu conducta me parece extraña. Antes eras la misma alegría; y al cabo de tres semanas que has llegado del exército, aun no te he visto sonreir. ¡Siempre taciturno, siempre triste!...

Cond. Perdone vm., madre mia... cierta situacion en que me veo... varias inquietudes...

Condesa. ¡Hijo mio! Tu modo de hablar se ha mudado, igualmente que tu conducta; una y otro son extravagantes... ¿Y la última no es reprehensible?... Reflexîónalo bien... Acabas de salvar la vida de tu Rey: has proporcionado con

tus negociaciones una ventajosa paz á tu patria: el Rey en recompensa de tus servicios te da, con el Estado de Olsbach, el título de Conde: ensalza tu familia á elevada esfera: te da uno de los cargos mas importantes del exército: te abre la carrera para llegar á la fortuna mas brillante.... y tú, léjos de aprovecharte de todas estas ventajas, apénas llegas, quieres dexarlo todo para ir á sepultarte en la soledad... ¿Qué quieres que se piense de tí?

Suspirando.

Cond. Si vm. supiera... ¿Y qué quiere vm. que yo diga?... Me tendrán por extravagante... pero...

Condesa. Sin exâminar ahora si tu conducta es justa, si la gratitud debe adherirte cada vez mas á tu Príncipe, y si tienes obligaciones que cumplir en órden á tu patria; solo quiero hacerte presente lo que debes á tu familia. Tú has hecho su fortuna, y tú eres quien debes conservársela. Por tí acaba de ser elevada á una clase ilustre: ¿debe perder por causa tuya este privilegio?... Tu primo ha muerto, y ya eres el único bástago de tu extirpe, la qual se acabará, sino piensas en reproducirla. Hoy cumples treinta años... ya es tiempo de que tomes algun partido.

Jul. Vamos, hermano; decídete pronto, ó sino descubro tu secreto.

Cond. ¿Mi secreto?

Condesa. No te asustes: explícate.

Cond. ¡Ay madre mia!

Jul. ¡Hermano!... ¿Para qué tantos rodéos?... Vamos, habla.

Cond. ¡Ah!...

Sonriéndose.

Jul. ¿Suspiras?

Condesa. ¿A qué es guardar tanto secreto?... ¿Estás acaso apasionado?

Jul. ¡O quánto le cuesta al orgullo de un filósofo semejante confesion!... Creo, madre, que nos costará bastante trabajo el arrancársela... Mas... paciencia, hermano, paciencia. No quiero ya ser mas hermana tuya, si desde hoy no te doy una amable compañera para solemnizar tu cumple años.

Con ternura.

Condesa. ¡Hijo mio!...

Cond. ¡Mi querida y tierna madre!...

Condesa. Sí, lo soy... ¿Por qué, pues, rezelas depositar tus secretos en el seno de una amiga, de una madre?... ¡Lloras!...

Cond. Estas son las primeras lágrimas que veis correr de mis ojos... pero acaso ningun hombre ha derramado jamas tantas en secreto... sin consuelo... sin esperanza...

Condesa. ¡Tú me afliges, hijo mio!... ¡Qué!... ¿no hay remedio alguno de calmar tu pena?

Cond. No por cierto.

Jul. ¡O! sí... disimula: pero tú mismo te has descubierto... Madre, ¿qué le parece á vm. de aquellas palabras: *tantas lágrimas como debo á mi Emilia*?

Quiere irse.

Cond. ¡Ah cruel!...

Deteniéndole.

Jul. Un instante, hermano: aun no está acabado el interrogatorio.

Cond. ¡Ah!...

Condesa. Espera, hijo mio... A la verdad que eres injusto... Tú me amas, y te olvidas de que tienes una madre digna de tu confianza... mas podrá ser que yo adivine la causa de tu silencio. Escúchame: La necesidad de conservar nuestra familia y de propagar nuestro nombre, debe ser preferible á qualquiera otra consideracion. Que tu amante sea pobre, que sea de obscuro

nacimiento, poco importa; con tal que la virtud y la honradez sean su patrimonio: sea su reputacion sin tacha, y yo la reconoceré gustosa por hija mia.

Jul. Madre, me parece que he dado en ello... Vamos, hermano: esa querida Emilia es ya tu esposa, ¿no es verdad?

Con acento dolorido.

Cond. ¡Ah!... ya no lo es.

Jul. ¿Cómo?

Condesa. Hijo mio; ruégote por lo que mas quieres...

Cond. ¡Ay Emilia mia!... La muerte me la arrebató en el momento en que acababa de ser mi esposa.

Condesa. ¡O Dios!... ¡hijo mio!... Pero esto es un enigma para mí.

Cond. Quiero, sí,... debo descubrirlo todo... Escuchen vms., y verán si es justo mi dolor, y si mi resolucion es reprehensible... Poco ántes de concluirse la última campaña, estuve de quartel de invierno, con parte de mi regimiento, en una pequeña ciudad que tomamos á los enemigos. Allí fué donde conocí á mi Emilia. Cómo su padre servía en el exército enemigo, no po-

díamos prometernos verificar nuestra union, hasta que se concluyese la guerra. Mas nuestro amor, nuestra impaciencia, el temor de perdernos, pudiéron mas que todas las demas consideraciones; y nos unimos secretamente con vínculos indisolubles.

Condesa. ¿Qué dices?

Cond. Perdone vm., madre mia: no dudaba yo de vuestro consentimiento... El nacimiento de Emilia, su virtud, su belleza, justificaban mi eleccion.

Condesa. Prosigue, hijo mio.

Cond. ¡Ay madre mia! os vais á extremecer... El momento de nuestra union fué el mas feliz, y el mas desgraciado de mi vida... Dióme, y me arrebató el mas precioso tesoro, el mas grato para mi corazon, á mi Emilia... Habia tendido la noche sus sombras por la haz de la tierra; todo estaba en calma, y los habitantes gustaban de las dulzuras del tranquilo sueño... quando de improviso acomete á la ciudad el enemigo.... Desprendíme, aunque ya muy tarde, de los brazos de mi esposa... el enemigo, el desórden, la obscuridad, el terror habian obligado ya á mi primo á retirarse; y su negligencia fué la que nos acarreó esta desgracia. Logré reunir al-

gunos soldados valientes, y atravesé por entre la turba de los enemigos para acudir á su socorro; ¡pero en vano!... Traspasado de heridas, quedó muerto y tendido en el campo de batalla... Nosotros nos salvamos; pero algunos desgraciados, queriendo impedir que el enemigo nos diese caza, pusiéron fuego á la ciudad. ¡Funesta precaucion!... Jamas noche alguna fué mas terrible... La desdichada Emilia...

Condesa. ¡Cielos!

Cond. Para librarla de los atentados de esos malvados, que siempre procuran aprovecharse de semejantes turbulencias, cerré, al salirme, las puertas de su vivienda con la mayor precaucion... ¡Ah!... esta misma precaucion fué causa de su ruina: toma cuerpo el fuego; un terrible viento aumenta su actividad... todo se abrasa, y... mi Emillia... ¡ó Dios!... encerrada... privada de socorro... ¡es tambien pasto de las voraces llamas!...

Condesa. ¡Ay hijo mio!...

Jul. ¡Terrible golpe!

Cond. Sí, sin duda, ¡terrible golpe! ¡suerte funesta!... ¿Exîgirán vms. de mí todavía que tenga firmeza?... La tenia aun: ¡alimentaba en mi

pecho algun resto de esperanza!... mas ayer he recibido el golpe mortal... Tome vm.; lea esa funesta carta.

Da á su madre una carta, y la lee.

Condesa. "Señor Conde; al fin saliéron ántes de
»ayer los enemigos de esta ciudad. Inmediata-
»mente hice, conforme á vuestras órdenes, las
»mas exâctas pesquisas: mas... con harto dolor
»de mi corazon me veo precisado á noticiaros....
»que vuestra pérdida es cierta. La casa en que
»vivisteis fué enteramente abrasada... He hecho
»cabar en sus ruinas; y, para colmo de horror,
»he hallado reliquias de cuerpos abrasados. El
»testimonio de los habitadores, y las circuns-
»tancias no dexan duda alguna en órden á la
»desgraciada suerte de vuestra esposa. El desór-
»den y el repentino terror impidiéron que se la
»pudiese salvar..." ¡Qué horror, hijo mio!...
¿Por qué has tenido la crueldad de ocultar á tu madre este horrible secreto?...

Cond. Perdonad: conocia vuestra sensibilidad... y además esperaba todavía... ¡Mas al presente, todo se ha acabado!... ¡Mi desgracia es cierta!.... Yo esperaba esta carta, mas no tan terrible noticia... ¡O, Emilia mia!... Permitidme... el hor-

ror que me persigue...

Quiere irse.

Es preciso...

Condesa. ¿A dónde vas?... ¿Qué será de tí desventurado?

Cond. ¡Ay madre mia!... ¡Considerad quán necesaria me es la soledad!... Pronto volveré á vuestra compañía.

Le abraza.

Condesa. ¡Hijo mio!... Siento todos tus pesares; los lloro contigo... ¿Qué te diría yo para consolarte?... Anda, acuérdate de que tienes una madre que te ama tiernamente.

Enternecida.

Jul. Y no te olvides, hermano mio, de que tienes tambien una hermana.

Cond. ¡Ay madre mia!... ¡Ay hermana!... *Vase.*

SCENA V.

La Condesa y Julia.

Jul. ¡O desgraciado hermano!... Yo te he oprimido enmedio de tu afliccion.

Condesa. ¡Infeliz!... ¡Quán digno es de compasion!... ¡Qué golpe éste para su corazon!

SCENA VI.

Las mismas y Vernin.

Vernin entra precipitadamente, y dice conforme va atravesando el teatro.

Vern. Señoras, estoy para servir á vms.
Quiere entrar en la habitacion del Conde.

Condesa. ¿A dónde vais tan de priesa, Vernin?

Vern. Voy á hablar al Conde.

Jul. Mi pobre hermano está muy àpesadumbrado.

Vern. ¿Cómo? ¿Por qué?

Condesa. No me oculteis nada, Vernin: habladme francamente. Como íntimo amigo que sois del Conde, sin duda estais informado de su secreto matrimonio con Emiliá.

Vern. Es cierto, señora; todo lo sabía: mas la palabra de honor, que tenia dada al Conde, me obligaba á guardar silencio, y...

Condesa. No pretendo daros quejas por vuestro silencio; pero tengo que pediros un favor. Ya conoceis su sensibilidad, ayudadnos á consolarle: sobre todo, haced porque desista de su resolucion de ausentarse.

Vern. No sé si podré conseguirlo: me ha costado sumo trabajo detenerle el solo dia de hoy, sin embargo de que él mismo sabía que su presencia era necesaria, por mas de una razon.

Condesa. ¿Necesaria?... ¿Cómo?

Vern. Fircland, antiguo Auditor de Guerra, me escribe que debe llegar de hoy á mañana, y que tiene cosas de la mayor importancia que descubrir al Conde. Mas como me ruega que no manifieste su carta, me veo precisado á usar de varios pretextos, para retardar la marcha de mi amigo.

Jul. ¡Ah señor Vernin! ¿Quién sabe si traerá buenas noticias? Puede que aun viva la esposa de mi hermano.

Vern. ¡Pluguiese á Dios!.., mas yo presumo que todas las averiguaciones de Fircland son relativas á asuntos de estado. El Conde le tiene encargado varias comisiones secretas, y principalmente que vele sobre la conducta de nuestros enemigos antiguos. Permítanme vms. que le vaya á ver... necesito de él para un negocio que no admite dilacion.

Condesa. ¿Y quál es?

Vern. Le he hablado hoy á favor de un desvalído.

Es un Oficial reformado, que se halla en la mayor miseria: le he encontrado ayer por casualidad. Como le detuve á comer en mi compañía, se retiró á su casa bastante tarde; y acabo de saber que no ha entrado en ella esta noche. Como es extrangero, temo que le haya sucedido alguna cosa; y voy á pedir al Conde, que haga hacer las correspondientes diligencias.

Condesa. ¿Tiene familia?

Vern. Creo haberle oído, que tiene una hija.

Condesa. Vernin, traedme esa desgraciada.

Jul. Sí, yo os lo ruego; mas haréis en ello un servicio. Esa pobre jóven tendrá bastantes disgustos.

Vern. Apénas halle á su padre, le llevaré yo mismo á su casa; y vuestro convite les servirá, sin duda, de mucho consuelo, señoras...

Al marcharse.

Condesa. Teneis razon... venid.. yo os acompañaré... Vernin, la situacion de mi hijo me hace temblar... haced todo lo posible por tranquilizarle.

Vern. Haré, señora, quanto esté de mi parte.

Vase con la Condesa.

Julia sola.

Jul. ¡Infeliz hermano mio!... ¡Que no pueda yo aliviar tu pena!... En vano tienes una hermana, que te ama tiernamente.

Vase á paso lento, y con semblante triste.

ACTO TERCERO.

El teatro representa un quarto mal amueblado, en casa de Madama Wandel.

SCENA PRIMERA.

Madama Orlehim y Catalina.

Cosiendo.

Mad. Orl. Me parece que llaman á la puerta.

Va ácia la puerta, y vuelve.

Catal. No hay nadie.

Mad. Orl. ¡Ah! no viene... En vano espero.

Catal. Mi querida señora, no llore vm. Mi tia traerá sin duda buenas noticias que darle.

Mad. Orl. ¡Plegue á Dios!

Catal. El señor Coronel habrá acaso pasado la noche con alguno de sus amigos.

Mad. Orl. ¿Alguno de sus amigos?... Mi padre no tiene ninguno... Hija mia, mira si viene... tu tia estará ya acaso de vuelta.

Cat. Con mucho gusto... pero no se aflija vm. *Vase.*

Madama Orlehim sola.

Mad. Orl. ¡Mi padre! ¡mi esposo!... ¡Dios mio!... ¿Habré perdido quanto amaba en este mundo?...

Queda abatida de dolor, y permanece en silencio algun rato.

¡Pronto, sí, bien pronto te seguiré, mi amado Orlehim!... Sí, querido esposo; ¡presto llegará el feliz momento que nos una para siempre!

SCENA II.

Madama Orlehim, Madama Wandel y Catalina.

Saliendo al encuentro de Madama Wandel.

Mad. Orl. Y bien, Madama Wandel, ¿le ha encontrado vm.?

Mad. Wand. Aun no le he hallado, señora.

Desmayada, cae en los brazos de Mad. Wand.

Mad. Orl. ¡Todavía no!...

Mad. Wand. ¡Ay Dios mio!... ¿Qué tiene vm?...

Vamos, Catalina.... ¡Señorita!.... ¿Quiere vm. una taza de teé?... Catalina: una silla. ¡Mi pobre señorita!...

Trae Catalina una silla, y Madama Orlehim se sienta en ella.

Pronto, una taza de teé...

Vase Catalina.

SCENA III.

Madama Orlehim y Madama Wandel.

Volviendo en sí.

Mad. Orl. ¡Qué noche tan terrible la que acabo de pasar!... ¡y la otra, la otra para siempre cruel, que me arrebató á mi Orlehim!...

Mad. Wand. ¡Qué pálida está vm!... Tome vm. este frasquito; huela vm. esta esencia, que es buena para los desmayos, y vm. los padece muy amenudo... ¡Dios mio!... ¡desde que está vm. en mi casa, no ha cesado de llorar un solo instante!... ¿Qué sería si le hubiese sucedido alguna desgracia al señor Coronel?

Mad. Orl. ¿Alguna desgracia?.... No, Madama Wandel, no... yo lo espero... No querrá Dios

que yo pierda á un mismo tiempo mi padre y mi esposo.

Mad. Wand. Perdone vm., señorita, que le diga que es demasiado sensible. Vuestro padre volverá; y por lo que hace á vuestro difunto esposo, me parece que ya va siendo tiempo de que os consoleis de su pérdida: va para seis meses que ha muerto... Mire vm.; yo he tenido tres maridos; soy sensible, como otra qualquiera; pero, bien ajustadas las cuentas, apénas he llorado tres dias por todos tres... Y además, la muger de un Oficial debe estar siempre dispuesta á semejantes desgracias.

Entra Catalina con el teé.

¡Ah! aquí teneis el teé: échalo presto, Catalina.

Lo echa ésta en una taza, y se lo presenta á Madama Orlehim.

Mad. Wand. Tómelo vm., mi querida señorita; le hará mucho provecho. ¡No ha dormido vm. nada en toda la noche!... A la verdad no sé cómo puede vm. resistir, siendo de una complexîon tan delicada... vamos, tómelo vm.

Madama Orlehim empieza á tomar el teé.

Me alegraré que esté á su gusto.

Madama Wandel toma tambien teé; mete en la boca un terron de azúcar; quiere proseguir hablando, aunque el azúcar le impide hablar expeditamente.

Le aseguro á vm., que sentiría mucho hubiese sucedido algo al señor Coronel: ¡es tan honrado!... Pero dígame vm., señorita, ¿por qué gruñe siempre que habla?... No digamos que gruñe; pero siempre habla con un tono tan seco y regañon; siempre tiene semblante de estar de mal humor, y su mirar es tan adusto, que á veces me hace temblar de miedo... ¿Por qué reusa tanto ver gente?

Mad. Orl. Aborrece á todos los hombres. No contentos con haberle perdido, parece que aun insultan á su desgracia; le dexan perecer en la mayor miseria.

Mad. Wand. ¡Pobre señor Stornflens! ¡mucho le compadezco!... *Llora.*

Pero no tiene razon; no todos los hombres son malos: yo, por exemplo, soy una pobre; mas tengo el corazon sensible y compasivo.

Mad. Orl. ¡Mi padre!... ¡ah!... ¿dónde estará? ¿si acaso le habrán quitado el único bien que le restaba, su miserable vida?

Mad. Wand. Vamos, no llore vm.; todo se compondrá... y quando le haya sucedido algo... en fin... todos tenemos que morir... y no será el primero que... ¡La ciudad es tan grande!... todos los dias sucede alguna desgracia... Mire vm., por exemplo: pronto hará dos años que llegó aquí un jóven de Francfort: era de la mejor figura del mundo, y acababa de concluir sus estudios... Pero, señorita, vuestro teé se enfria... Catalina, márchate; no hay necesidad de que nos escuches...

Vase Catalina.

Esta muchacha es bastante curiosa... ¿Querrá vm. un poco de crema?

Mad. Orl. No señora, doy á vm. mil gracias.

Mad. Wand. Tiene vm. razon, yo creo que podria hacerle daño despues de tantas inquietudes como ha sufrido... Pero vm. se apesadumbra demasiado... Vaya, enxúguese vm. las lágrimas... Mire vm., quando se llora mucho en la juventud, en la vejez se quedan los ojos encarnados... Además, vm. es jóven todavía, y puede hallar muchos mozos bizarros que la quieran por esposa... Si fuera yo, ¡desdichada de mí! *Llora.* Ya empiezo á ser vieja, y no tengo marido, ni

hijo... Le aseguro á vm. que de buena gana me hubiera casado la quarta vez... Pero qué quiere vm.; no era mi sino... Pues como digo, volviendo al jóven de Francfort, habia acabado sus estudios, y...

Mad. Orl. Madama, suplíco á vm. que vea si viene mi padre... ya es cerca de mediodia... ¡Dios mio!... ¡si habrá muerto!

Mad. Wand. ¡O! no habrá muerto, no... Pero es necesario tener paciencia... Como iba diciendo: venia á mi casa aquel jóven...

Mad. Orl. Por Dios déxeme vm. sola un instante: tengo un gran dolor de cabeza.

Mad. Wand. ¿Dolor de cabeza?... ¡Mi pobre señorita! Tome vm. una taza de café bien cargada; es un remedio pronto y eficaz... ¡Ah! bien sé yo lo que es dolor de cabeza, y quánto hace padecer: pero haga vm. lo que digo, y la irá bien... ¡Catalina!... ¿Si estará sorda? ¡Catalina!

Mad. Orl. Madama, no lo tomaré: suplíco á vm. que no me ostigue.

Mad. Wand. Dios me libre de eso... No se enfade vm., mi querida señorita... ¿De qué estábamos hablando? ¡Ah! ya me acuerdo... de la historia de nuestro jóven de Francfort...

Mad. Orl. Por Dios, Madama Wandel...

Mad. Wand. ¡Ah! bien decia yo, que tenia alguna cosa que noticiarla... Sepa vm. que el señor Kulpel tendrá el honor de venir al mediodia á hacerla una visita.

Mad. Orl. ¿Tambien eso?... ¿No estoy bastante oprimida?

Mad. Wand. ¡Qué! ¿No es un hombre muy amable? Quanto dice, nos anuncia que está muy bien con el señor Conde de Olsbach... Puede serle á vm. muy útil, y á su señor padre. Yo quisiera que este respetable anciano alcanzase algun empleo con que poderse mantener honradamente, y que vm. hallase un marido jóven y amable.

SCENA IV.

Las mismas, y Catalina, que entra precipitadamente.

Catal. Consuélese vm., señora; aquí está ya el señor Coronel.

Mad. Orl. ¿Mi padre?

Catal. El mismo... y un extrangero con él.

SCENA V.

Las mismas, Stornfles y Vernin.

Madama Orlehim, que sale corriendo á recibir á su padre, dice:

¡Ah padre mio!

Se abrazan.

Estornf. ¡Hija mia!

Mad Wand. Servidora de vm., señor Capitan...

A Vernin.

¿Qué feliz casualidad me proporciona el honor de verle por mi casa?

En voz baxa.

¿No le habia yo dicho á vm. que de este modo no dexaría de hacer conocimiento con el señor Coronel?

En voz baxa á Madama Wandel.

Vern. Suplíco á vm. que no me hable mas.

A Madama Orlehim.

Señorita, permítame vm. que le haga presentes mis humildes respetos.

Stornf. Es ya viuda, señor Capitan: se me habia olvidado decíroslo.

Mad. Wand. ¿Qué importa el nombre de viuda?... Esta señora es por otra parte muy amable; y además no ha estado casada mas que un dia.

Stornf. Madama, segun veo, conoce vm. al señor Capitan.

Mad. Wand. Sí, señor, tengo ese honor. Mi hijo, que murió en la última campaña, era Cadete en su compañía.... Pero: señor Coronel, ¡si vm. supiese con qué inquietud nos ha tenido, temiendo que le hubiese sucedido alguna desgracia!

Stornf. A no ser por tí, hija mia, te juro que hubiera arriesgado mi vida, para vengar los ultrages que he sufrido en el cuerpo de guardia...

Mad. Orl. ¿Cómo, padre mio?

Vern. Amigo mio; acordaos de lo que me habeis prometido.

Stornf. Teneis razon... ¿Pero podré acordarme, sin exâltárseme la cólera? He servido quarenta años, como soldado valiente; sí, señor, quarenta años, y jamás ha osado nadie insultarme... Dos atolondrados se desafian, intento separarlos: ¿por esto he de ser arrestado? ¿he de servir de objeto de risa á una guardia insolente? Si hubiese tenido algun dinero, yo me hubiera librado de aquellos canallas... mas á la verdad, el hombre sin dinero

es mirado siempre como un miserable.

Vern. ¿Sabeis quiénes eran los que se batian?

Stornf. No por cierto; la obscuridad me impidió conocerlos: pero, sean quienes fueren, son unos infames; se huyéron, y me dexáron solo.

Vern. Voy á nombrároslos: el uno es el hijo del Ministro de Bernau, y el otro el Baron de Birkwitz, pupilo del Conde de Olsbach. Ambos os deben mucho... Hablando de este suceso con el Conde de Olsbach, os he hecho justicia; y él os la hará con el Ministro, á quien piensa hablar en vuestro favor.

Stornf. Señor Capitan; si es que creo que hay aun hombres honrados en el mundo, vos sois quien me precisais á creerlo.

Vern. Téngome por muy feliz, en haberos sacado de un error tan grande.

En voz baxa.

Mi estimado Coronel, tengo una gracia que pediros.

Stornf. Diga vm. quál es.

Vern. Todo hombre de bien puede estar falto de dinero... vos lo estais...

Se le presenta.

Servios de mi bolsillo.

Stornf. ¡Cómo, señor Capitan!... no haré tal; no por cierto... soy un pobre viejo soldado reformado; no tengo un quarto siquiera, es verdad. Mas... en una palabra: os digo que no lo haré... si no hubiese otro remedio, un buen par de pistolas es dinero contante para un infeliz inválido como yo.

Mad. Orl. ¡Padre mio! *Asustada.*

Vern. ¡Amigo mio! vuestro modo de pensar...

Stornf. ¿Y qué importa que haya un viejo, como yo, demas ó de ménos en el mundo?... Solo mi hija, sí; ella sola es la que me interesa y me contiene. Bastantes trabajos ha pasado ya... si su sexô hubiese sido diferente, habría seguido mi voluntad, y hubiera sido un valiente soldado; aunque acaso tan miserable como su padre... ¡Ah! si no fuese por ella, ya estarían acabados todos mis trabajos.

Mad. Wand. ¡Ah señor Coronel! El poco dinero que hemos sacado de vuestros vestidos, no duró mucho; y á no ser por el señor Capitan, que ha socorrido algunas de vuestras necesidades...

Stornf. ¿Cómo?

Mad. Orl. ¿El señor Capitan?

Vernin hace señas de que calle á Mad. Orlehim.

Mad. Wand. Sí, señor... ya que vm. no quiere cuidar de sí, es preciso que otros cuiden. Yo sé que el señor Capitan es generoso y compasivo, y por eso le fuí á buscar. Díxele como habíais llegado á esta ciudad, y que viviais en mi casa; que erais un hombre de bien, y un soldado valiente, pero pobre... Al instante se interesó á favor vuestro, y os ha querido conocer: mas como no me atrevia á presentárosle, díxele que ibais siempre á pasearos por la tarde á la alameda... Tantas veces ha ido á ella, que al fin os ha encontrado.

Stornf. Jamas me ha dicho vm. que la hubiese dado dinero para mí.

Mad. Wand. No, pero...

Aparte á Madama Wandel.

Vern. ¡Pero Madama Wandel!...

Mad. Wand. No hay remedio; es preciso decir la verdad... Y además, ¿qué mérito tendrá vm. en hacer bien, si nadie lo sabe?

Mad. Orl. ¡Hombre generoso!

Stornf. No, señor Capitan, eso no ha de ser: me disgustais con eso... ¿Cómo queréis que yo os lo devuelva? ¿Cómo? mirad: estas canas y una docena de heridas son todo mi caudal... Me habeis dicho que no estais muy acomodado; ¿que-

réis arruinaros por mi causa?... ¡O! esto me llena de rubor...

Se le saltan las lágrimas.

¡Que un soldado viejo, como yo, llore todavía!... ¡Ah! no puedo contener las lágrimas!... ¡Ahora es quando siento todo el horror de mi situacion, el peso de mi miseria!

Vern. Sin mas detenernos, vamos á casa del Comisario de Guerra. Tiene órden de proponer al Ministro todos los Oficiales de mérito que se le presenten. Esto no debe, á la verdad, daros esperanza alguna, porque sois extrangero: mas os puede ser útil. Vamos, no omitamos nada.

Stornf. Sí, vamos allá.

Aparte á Madama Wandel.

Cuidado, Madama, con tomar dinero alguno.

A su hija.

No te aflijas, hija mia. Tu anciano padre será empleado, ó... sino, una pistola acabará con su triste suerte. *Vase.*

SCENA VI.

Madama Orlehim y Madama Wandel.

Mad. Wand. ¡Vea vm. qué genio el suyo!... y

luego quiere que se interesen por él... A fé mia, que los Oficiales de ahora son mucho mas amables: sino lleváran uniformes, los tendria una por petimetres, mas bien que por soldados. Tienen un ayre, un modo... á la verdad, da gusto verlos... Señorita, perdone vm. si digo libremente lo que pienso; pero sino conociera á su señor padre, no le tendria por un Coronel.

Mad. Orl. ¿Qué quiere vm?... ese es su carácter: y algunos hay que se le parecen.

Mad. Wand. Es verdad; yo he conocido dos ó tres Oficiales viejos como él... Al verlos, qualquiera diria, vé ahí un buen Aleman... pero á mí me gustan los Oficiales galanes... Por exemplo, el señor Vernin... es amable, pero bizarro y valiente. No querrá vm. creer lo bien que se ha portado y distinguido en esta última guerra... Siento de veras que no le haya vm. hecho mejor acogida; porque es hombre de buen corazon.

Mad. Orl. No puedo ménos de admirar su noble desinterés, su ardiente zelo por obligar á un desgraciado á quien jamas ha visto, cuyo carácter adusto choca á todo el mundo, y cuyo deplorable estado inspiraría á las almas ménos sensibles mas disgusto que compasion: pero me se-

ría muy doloroso haber de ser gravosa á un hombre, cuyas facultades no corresponden con su generosidad.

Mad. Wand. Sin embargo, yo le contemplo bastante bien acomodado... Mas si vm. tiene algun escrúpulo en aceptar favores suyos, aun tenemos otro recurso... Dirijámosnos al señor Kulpel.

Mad. Orl. ¿A ese?... mucho ménos... yo no le conozco; mas su conducta me parece sospechosa: paréceme que lleva algun designio en procurar introducirse en esta casa.

Mad. Wand. ¿Y bien? siempre que sus miras sean honestas...

Mad. Orl. Lo dudo.

Mad. Wand. No lo dude vm.; merece que se le haga justicia... Sepa vm. que he estado esta mañana en su casa. No sabré ponderar á vm. con quánta bondad me ha recibido... no esperaba él mi visita... Ayer quando dixo que vivia en casa del Conde de Olsbach, conservé el nombre en la memoria; y esta madrugada, á fuerza de preguntar, logré hallarle al cabo. Me preguntó mucho acerca de vm. y de su señor padre: tambien me preguntó el nombre de vm.; pero ya sabe vm. mi reserva.

Mad. Orl. Hizo vm. muy bien; no quiero ser conocida de nadie... Quiero, á lo ménos, tener el consuelo de poder llorar libremente... ¿Tampoco habrá vm. dicho nada á Monsieur Vernin?

Mad. Wand. Nada, señorita; ninguno logrará arrancarme el secreto... Pero tengo los mayores deseos de verla á vm. feliz... El señor Orlehim murió: si se presentase otro hombre amable...

Mad. Orl. ¡Ay Orlehim mio!

Mad. Wand. ¡Es cosa bien singular! En hablandoos de él, perdeis el juicio: y en verdad que haceis mal; porque el muerto, muerto se está: por mas que se le llore, no se le podrá resucitar... Y además no siempre se logra hacer boda con un Oficial General.

SCENA VII.

Las mismas y Vernin.

Vernin, que entra sin ser visto, pone sobre una mesa, que está cerca de la puerta, un papel, con dinero dentro: despues acercándose á Madama Orlehim, dice:

Vern. Madama, ¿me permitirá vm. que la presente

en casa de la Condesa de Olsbach?... es una dama muy amable... tendrá mucho gusto en recibiros.

Mad. Orl. Estimo muy mucho el interés que tomais por mí... ¿pero estoy acaso para poderme presentar delante de personas de cierta clase?

Vern. Esa razon no debe deteneros, tratándose de la Condesa de Olsbach: además de que estais de luto... pero me voy á buscar á vuestro padre.

Mad. Orl. ¿Pues dónde le habeis dexado?

Vern. Aquí cerca en la alameda... ¿Me permitiréis que os anuncie á la Condesa?

Mad. Orl. Si lo teneis por conveniente, consiento en ello. *Vase Vernin.*

SCENA VIII.

Madama Orlehim y Madama Wandel.

Mad. Wand. Me alegro que quiera vm. ir á ver á la Condesa: es tan buena, como respetable; todo el mundo se hace lenguas de ella. Aunque rica, y de una clase distinguida, es tan afable, que no se desdeñará de hablar al mas ínfimo de los hombres, como si fuese su igual. Hace unos

seis meses que vive en esta ciudad, que es desde que su hijo vino del exército. Antes vivia bien léjos de aquí.

Mad. Orl. ¿Con que conoce vm. esa casa?

Mad. Wand. No... sí; la conozco desde esta mañana, quando fuí á ver al señor Kulpel... allí hice conocimiento con un criado, que me lo ha contado todo... ¡es buen muchacho!... Si hubiese estado despacio, yo le hubiera rogado que me contase mas; porque á mí me gusta oir hablar de las gentes distinguidas... Pero ya se vé, como la ciudad es tan grande, y hay tantas gentes de su clase... Ahora, señorita, me parece que debe vm. estar contenta: yo apuesto que la Condesa ha de querer que os quedeis en su compañía; y en tal caso, espero que no os olvidaréis de la pobre Wandel.

Mad. Orl. Mi querida amiga; no todos son tan buenos como vm. cree.

Mad. Wand. ¡He!... jamas cree vm. nada... ¡Ah! aquí está ya el señor Kulpel.

SCENA IX.

Las mismas y Kulpel.

Kulp. Madamas, servidor de vms.

Mad. Orl. Servidora de vm., caballero.

Mad. Wand. Siéntese vm.: aquí hay una silla, á la verdad no es digna de vm.; pero habrá de perdonar: soy una pobre.

Kulp. Madama, ¿ha pasado vm. bien la noche?

Mad. Wand. No hemos cerrado los ojos.

Aparte á Madama Orlehim.

Vamos, señorita, alégrese vm. un poco.

Kulp. ¿Pues cómo ha sido eso?

Mad. Wand. Porque el padre de esta señorita no ha entrado en toda la noche en casa.

Kulp. ¡Ah! ¡ya!

Mad. Wand. Temíamos que le hubiese sucedido algun azar.

Kulp. ¡O! ya se vé.

Mad. Wand. Pero gracias á Dios, nada le ha sucedido. *Aparte á Madama Orlehim.*

Háblele vm., señorita.

Kulp. ¿Y dónde está ahora el señor Coronel?

Mad. Orl. Le ha llevado consigo el Capitan Ver-

nin, para proporcionarle alguna plaza, si es posible.

Sorprehendido al oir el nombre de Vernin.

Kulp. ¡Cielos!...

Mad. Orl. ¿Qué os sucede?

Kulp. A mí nada... *Aparte á Mad. Wand.* ¡Madama Wandel!

Mad. Wand. ¿Qué manda vm., señor Kulpel?

Kulp. No quisiera que me encontrase aquí ninguno de fuera de casa... Tengo cierta cosa importante que comunicar á Madama.

Mad. Wand. Basta: voy á dar órden de que no dexen entrar á nadie.

Kulp. Me daréis gusto en eso.

Mad. Wand. ¡Catalina! ¡Catalina!

Llega Catalina; le habla al oído Mad. Wand., y la vuelve á enviar fuera.

Kulp. El señor Vernin es, segun me parece, amigo de esta casa.

Mad. Orl. Sí, señor.

Kulp. Es todavía Oficial reformado.

Mad. Orl. En efecto.

Kulp. Es lástima que estos señores no tengan muchas facultades... La voluntad es lo mejor que tienen.

Mad. Orl. Basta para merecerse nuestra estimacion y gratitud.

Kulp. Es muy laudable vuestro modo de pensar... Mas resta saber, si con todo su anhelo por hacer servicios, tienen siempre buenas intenciones.... Quiero creer, que el señor Vernin será hombre de bien.

Mad. Orl. Lo es, sí señor, lo es.

Kulp. Eso es lo que digo; convengo en ello... mas con todo...

Mad. Orl. ¡Qué vil calumniador!

Kulp. Quiero decir... que este hombre honrado me ha ganado por la mano... Mi intencion era interesarme por el señor Coronel... y quizá hubiera podido lisonjearme de haber logrado alguna cosa, por medio de mis conexîones las mas distinguidas en la corte... pero otra vez tratarémos de esto... Permitidme que pase á otra cosa, que me interesa tanto como los adelantamientos de vuestro señor padre... Hablémos de vos misma, Madama. Vm. es una jóven viuda, y muy amable...

Se arrima á ella.

¿Desearía vm. contraer un nuevo enlace?

Mad. Orl. No, señor, jamas.

Kulp. Es que no faltarian personas ricas y libres, que...

Mad. Orl. Bien podrá ser; mas yo jamas pensaré en eso.

Kulp. Casi... Tiene vm. razon: el matrimonio no es siempre el camino de la felicidad... Acaso le acomodaría á vm. mejor un enlace... ménos gravoso...

Mad. Orl. ¿Qué decís?

Kulp. En tal caso entrega uno su corazon al objeto amado... goza en su compañía de los placeres de la vida; divide con él sus riquezas, y conserva su libertad.

Mad. Orl. Os entiendo... ¿Vuestro intento será proponerme un enlace semejante?

Kulp. Y... en tal caso... ¿qué me diréis?

Con indignacion.

Mad. Orl. ¡Que sois un perverso!

Mad. Wad. Sí, sin duda... Deberiais avergonzaros de hacer á esta señora proposiciones tan indignas... Os tenia por hombre de bien; mas ya veo que me he engañado... Salga vm. de mi casa al instante: hágame ese favor. Mi casa, aunque pobre, es honrada; y está vm. muy equivoca-

do si ha creído, que yo toleraría en ella tan infames procederes.

Aparte.

Kulp. Mal me ha salido esta tentacion: salgamos con maña del mal paso.

En alta voz.

Muy bien; estoy satisfecho. Ya veo, Madama, que es vm. muger de honor; no podeis dexar de agradar á la Condesa.

Mad. Wand. ¿A qué Condesa?

Aparte.

Kulp. ¿Qué diablos he hecho?... mas ya empecé, y es fuerza acabar.

En alta voz.

A la Condesa de Olsbach.

Mad. Orl. ¿A la Condesa de Olsbach?

Kulp. Sí, señora: es una dama respetable por su virtud.

Mad. Orl. Yo no os entiendo.

Kulp. ¿Pues qué no sabeis... no os ha hablado nada Madama Wandel?

Mad. Wand. ¿Yo? ¿de qué?

Kulp. De que he hablado á la Condesa de Olsbach.

Mad. Wand ¡Ah! sí; es cierto, así es.

Kulp. Encargóme ayer tarde, que me valiese de algun ardid para asegurarme de si vuestro carácter correspondia al ventajoso informe que le habian dado de vos; para, si así fuese, admitiros en su casa.

Mad. Orl. ¿Hablais sinceramente?

Kulp. La Condesa confirmará quanto os digo.

Mad. Orl. Perdonad, caballero, si os he ofendido con una injusta sospecha.

Kulp. No hableis mas de eso: estoy muy satisfecho del buen éxîto de mi empresa. Voy á dar parte de todo á la Condesa.

Mad. Orl. Como querais... Suplicoos, que perdoneis mi error.

Kulp. Probablemente tendré el encargo de venir despues de comer para presentaros á la Condesa.

Va delante de Kulpel para abrir la puerta: vé sobre la mesa el papel que Vernin ha dexado, y advirtiendo que hay envuelto en él dinero, dice:

Mad. Wand. ¡Ay!... ¿qué es esto?... Señorita, vea vm. una carta... y dentro de ella hay dinero.

Despidiéndose.

Kulp. Madama, tengo el honor de...

Mad. Orl. Suplíco á vm. aguarde un momento.

Toma la carta, y lee el sobre.

¡Es para mí! *La abre, y lee.*

"La pobreza no es un vicio vergonzoso: mas á
»un corazon noble le es muy duro confesarla.
»Lo que me atrevo á ofreceros es bien poca co-
»sa: dignaos aceptarlo. ¡Oxalá os conceda pron-
»to el cielo una fortuna digna de vuestras vir-
»tudes!" Esta carta, este dinero, ¿de dónde vienen?

Mira atentamente á Kulpel, y despues dice aparte á Madama Wandel.

¿Será esto de él? ¿de este hombre cuya fisonomía le hace tan poco favor? ¿Será capaz de una accion tan noble?... ¿ó será acaso?...

Mad. Wand. No, no; de él es. Me dixo esta mañana, que tenia intencion de socorreros.

Mad. Orl. ¿Será posible?... ¡Qué engañoso es el exterior!... Sí, él es; ya no me queda duda: su perplexidad, su inquietud me confirman...

Kulp. Temo que llegue este Vernin, y me encuentre aquí... Permítame vm., Madama...

Mad. Orl. No... recibid primero las demostraciones de mi gratitud, ¡hombre noble y generoso!

Kulp. ¡O Madama!

Mad. Orl. No disimuleis... y vuestra misma pre-

caucion... Al principio habeis explorado mi virtud, la qual no es mas que un deber que el honor impone... Ahora queréis recompensarla con una noble generosidad: no, señor; no abusaré de vuestro buen corazon: recoged vuestro dinero.

Kulp. Madama, á la verdad...

SCENA X.

Los mismos y Stornfels.

Stornf. Es excusado... *Entrando.*
Siento que ese buen hombre se haya molestado tanto con aquel fatuo...
A Kulpel.
Servidor de vm.

Mad. Orl. Padre mio, ¿qué ha sucedido?

Stornf. Ese Comisario... ese animal... ¿qué sé yo lo que es?... Es necesario prosternarse delante de él. Quisiera ser lo que ántes he sido, y tener á mis órdenes á ese impertinente; yo le haria danzar.

Mad. Orl. Sosiéguese vm. padre; aun tenemos amigos.

Stornf. Bien pocos, hija mia.

Mad. Orl. Sí, señor; y amigos que no debiamos esperar... Vea vm. este hombre generoso: apénas nos conoce, y ya nos colma de beneficios... Lea vm. esta carta.

Despues de haberla leído.

Stornf. No, señor, no; no lo consentiré.

Despues de abrir el papel, y contado el dinero.

Mad. Wand. ¡Ah señor Coronel! mirad, hay diez escudos.

Stornf. Démelos vm., Madama...

A Kulpel.

Tomad vuestro dinero.

Kulp. ¡Señor!...

Stornf. Habeis hecho una accion, de la qual, á fé mia, solo es capaz un hombre honrado.

Aparte.

Aunque su fisonomía no anuncia que sea hombre de bien.

Mad. Wand. ¡Pero, señor Coronel!

Stornf. Sosiéguese vm., Madama... Tomad, caballero... yo no acepto dinero... Un viejo Oficial puede ser pobre; mas no debe recibir limosnas... Tomad.

Kulp. Sino queréis absolutamente...

Coje el dinero.

Mas, á la verdad... no sé...

Stornf. Caballero, yo no gasto ceremonias; soy demasiado viejo para haceros cumplidos: estimo vuestro favor de todo corazon.

SCENA XI.

Los mismos y Vernin.

Viendo venir á Vernin.

Kulp. ¡Perdido soy!...

Quiere irse.

Señor Coronel, tengo el honor de ser...

Deteniéndole.

Stornf. Un momento, caballero.

Viendo entrar á Vernin le dice:

Mucho me alegro de vuestra venida.

En voz baxa.

Mirad quán falaz es la fisonomía.

Señalando á Kulpel.

Yo hubiera tenido á este hombre por un pícaro: pero no, amigo; es un hombre respetable.

A Kulpel, que quiere escabullirse.

¿A dónde vais, caballero?

Procurando ocultarse.

Kulp. Tengo que despachar una diligencia que me urge... Permitidme...

Stornf. Suplicoos, que aguardéis un momento.

A Vernin.

Mirad este hombre generoso; quiere partir con nosotros su dinero...

Quiere irse Kulpel.

Esperaos.

Mirando á Kulpel.

Vern. Si no me engaño... vm. es... el antiguo mayordomo del Conde de Olsbach.

Sumamente confundido.

Kulp. ¿Yo, señor? ¿yo?

Stornf. Os engañais. Es un caballero de mucha consideracion en la corte... Debeis conocer la familia de los Kulpel.

Detiene á Kulpel, que quiere irse.

Deténgase vm., caballero: ¡es posible!..

Kulp. No, no... Mis ocupaciones... Pronto estoy de vuelta.

Aparte.

Stornf. Este hombre tiene el diablo en el cuerpo... empieza ya á hacérseme sospechoso...

A Vernin.

Tomad, ved ahí la carta que me ha escrito.

Kulp. Señores, yo dexo á vms.

Deteniéndole.

Vern. No, no; no nos dexe vm... Aquí hay picardía.

Mad. Wand. No crea vm. nada... Lo que hay es esto... Al señor Kulpel le tienen por el mayordomo del Conde de Olsbach, porque se toma el trabajo de encargarse del manejo de su casa... Y además, señores, yo sentiría mucho de que se alborotase en mi casa.

Stornf. Pierda vm. cuidado, Madamá...

A Kulpel.

No se menee vm.

Vern. Permitidme, que vea esa carta.

Despues de haberla mirado.

Como reusasteis aceptar las ofertas que me tomé la libertad de haceros; busqué un medio de socorreros, sin ofender vuestra delicadeza... Y por eso, quando os dexé en la alameda, me fuí á escribir esta carta, y despues volví aquí con ella... Yo no dudo que la Condesa de Olsbach haga mucho mas por vos; mas al pronto necesitabais esta bagatela, y jamas se hubiera sabido nada, sí...

Asiendo á Kulpel por detras.

Stornf. ¿Qué tienes que responder á esto, infame? ¿Dónde está el dinero?

Vern. No intentes escaparte, ó si no...

Viendo que Vernin tiene asido á Kulpel.

Stornf. No, amigo, no son necesarios dos contra uno.

Suelta á Kulpel, Vernin, creyendo que Stornfels le tiene asido, le suelta tambien. Kulpel se aprovecha de este momento, dexa caer el dinero, y se huye.

Echa la mano á la espada, y sigue á Kulpel.

Stornf. ¡Pícaro! no te irás impunemente.

Vern. Deteneos.

Sigue á su padre juntamente con Vernin.

Mad. Orl. ¡Ay cielos!... ¡Padre mio!

Mad. Wand. ¡Señor Coronel!

Al salir vé el dinero en el suelo, recógelo, y exclama en alta voz.

Aquí está el dinero, señores, aquí está el dinero.

Vase tras de los demas.

ACTO QUARTO.

El teatro en este acto y en el siguiente como en el primero.

SCENA PRIMERA.

Julia y Cárlos.

Jul. ¿Qué hace el Conde?

Cárl. Acaba de entrar en su gabinete.

Jul. Cárlos, estoy poco satisfecha de tí; deberías haberme traído inmediatamente á esa señora.

Cárl. Señorita, no pude entrar en su casa.

Jul. ¿Y por qué?

Cárl. Me salí de casa sin coche, porque quise buscar primero la suya.

Jul. Y la hallaste, supongo.

Cárl. Sí, señora; mas al entrar en ella oí un gran ruido. Creo que nuestro despedido mayordomo ha dado algun mal paso en la casa. Pasó delante de mí huyendo, y desalentado. Un militar anciano, con la espada desenvaynada, el señor Vernin y otros muchos, le perseguían vivamente; y esto es lo que me hizo volver pies atrás, pa-

rá informaros de todo.

Jul. ¿Cómo? ¿tambien estaba allí Vernin?

Cárl Sí, señora; parecia que queria contener al anciano: pero bien hubiera podido dispensarse de ello, porque Kulpel huía como un relámpago.

Jul. Me tiene en cuidado esa pobre señora... Mi hermano necesitará acaso su coche: pero luego que mi madre vuelva, toma el suyo, y vé á buscarla. Me avisarás quando ya esté en casa, porque quiero hablarla á solas... ¿Lo entiendes?

Cárl. Sí, señora.

Vá á salir Cárlos; pero se vuelve pies atrás, y dice:

Aquí teneis ya al señor Vernin, y al militar anciano. *Vase.*

SCENA II.

Julia, Stornfels y Vernin.

A Vernin.

Stornf. Amigo, me es insoportable la vida. Un anciano como yo, de nadie es respetado: todo el mundo me mira con desprecio... ¿Reparasteis á la puerta en aquellos insolentes?

Vé á Julia y calla.

Acercándose á Julia.

Vern. Señorita, tengo el honor de presentaros al señor Coronel Stornfels.

Jul. ¿Al mismo Coronel?...

Aparte.

¡Cielos, qué aspecto tiene de desdichado!

En voz alta.

Caballero, tengo mucho gusto en veros.

Stornf. Señorita, soy vuestro humilde servidor.

A Vernin.

Amigo, vámonos.

Jul. ¡Qué! ¿ya queréis iros?

Stornf. Señorita, permitidme que os diga, que vuestros criados son muy insolentes. ¿Por qué reirse á un anciano y bravo militar?

Jul. Sosegaos... yo haré que se les reprenda... Señor Vernin, una palabra, si gustais, con permiso de ese caballero.

En voz baxa á Vernin.

Me parece que vuestro amigo es de un carácter bastante duro.

Vern. Os ruego le perdonéis. Es uno de estos militares viejos que creyendo que el valor y la buena fé son las únicas virtudes, se precia poco de cortesano: y además los infortunios...

Jul. Nosotros le socorrerémos... Mi hermano será su proctector; y yo me encargo de la hija. Decid que se tranquilice.

Vern. ¿Ha venido á hablaros mi criado?

Jul. Sí, y tambien he dado ya mis órdenes á Cárlos para que vaya por ella.

Hace una reverencia al Coronel, quien le corresponde: al irse dice á Vernin.

Tambien me he acordado de vos.

Vern. ¿De mí? ¿por qué?

Jul. ¿Me lo preguntais?

En tono afectuoso.

¿Pues qué, no soy amiga vuestra? *Vase.*

SCENA III.

Stornfels y Vernin.

Stornf. Amigo, me gusta esa señorita; es afable.

Vern. Ya os he dicho que la altanería y el desprecio no habitan en esta casa.

Stornf. ¿Quién es?

Vern. Es la hermana del Conde: tiene el carácter mas amable del mundo. Su viveza exterior en nada disminuye sus buenos sentimientos; es generosa y compasiva... Por lo que hace al Conde,

sabe apreciar el mérito ; y particularmente estima mucho al militar valiente y honrado.

Stornf. Tiene razon en eso. Hay muy pocos que se le parezcan.

Vern. Es cierto : y pocos saben quán dificiles son de cumplir las obligaciones de un buen Oficial. Mas el Conde las sabe bien : ha servido largo tiempo ; y apénas hace tres semanas que ha vuelto del exército.

Stornf. ¿Ha servido? ¿Qué grado tiene?

Vern. De General.

Stornf. ¿Quántas campañas ha hecho?

Vern. Está sirviendo desde que era muchacho.

Stornf. ¿Es valiente?

Vern. Muy valiente.

Stornf. Me alegro de oirlo... tambien yo, amigo, he servido desde mi juventud : tambien soy valiente; y sin embargo soy al presente un infeliz.

SCENA IV.

Los mismos y Felipe.

Vern. Felipe : ¿se á levantado ya el Conde de la mesa?

Felip. No sé, señor.

Vern. Hacedme el favor de entrarle recado.

Felip. Con mucho gusto. *Vase.*

Stornf. Si os he de decir la verdad, amigo, me es muy incómodo tener que tratar con estos grandes señores...

Vern. Ya os he dicho lo que es el Conde: quedaréis prendado de él; es la misma afabilidad. Ya sale.

SCENA V.

Los mismos y el Conde de Olsbach.

Abrazando á Vernin.

Cond. ¡Amigo mio!

Viendo al Coronel.

¡Ah Caballero!... Tomad asiento... He sentido mucho el lance que os ha sucedido esta noche... Pero despues que os han puesto en libertad, ¿por qué no habeis venido á comer conmigo? os he estado aguardando.

Vern. No ha querido acceder á mis instancias.

Cond. ¿Y por qué no? Me hubieras dado mucho gusto.

Stornf. Perdonad, mi General.

Cond. Me haréis favor en no darme ese dictado.

Stornf. Pero sin embargo lo sois.

Cond. Lo era.

Stornf. ¿No lo sois ya?... Yo he servido desde mi juventud; he hecho mas de quarenta campañas; he dado pruebas de valor é inteligencia; y sin embargo, ¿qué soy en el dia? un viejo, cubierto de heridas, á quien siquiera se digna mirar nadie... Suplicoos me perdonéis, si digo mi sentir libremente... Acostumbrado á vivir en el campo de batalla, ignoro el idioma de la corte... y además, ved mi uniforme... me avergüenzo de presentarme vestido de esta suerte... no quiero servir de espectáculo ridículo.

Cond. Delante de mí qualquiera puede presentarse como guste ó como pueda: yo aprecio al hombre, y no al vestido... Pero me admira que hayan recompensado tan mal vuestro mérito.

Stornf. ¿El mérito?... ¿Recompensar el mérito?... Mi padre, al cabo de veinte y cinco años de servicio, fué nombrado General. En una faccion contra los Turcos, aunque con fuerzas muy inferiores á las de éstos, quiso mas hacer frente al enemigo, que entregarse prisionero, confiado en que acudirían pronto otras tropas á su socor-

ro: pero fué muerto ántes, con quantos le acompañaban... ¿y qué sucedió? A las quatro semanas despues de su muerte, ya estaban olvidados sus servicios... Señor Conde; estoy seguro de que quince mil escudos me harian mas honor, que mis quince heridas: sí, desde luego. Se hace bien poco alto de que un hombre sepa pelear, de que tenga valor. Hijo de un General que ha servido veinte años, Coronel además, con quarenta años de servicio, y cubierto de honrosas heridas; me veo reducido á pedir limosna... y moriré, sin que nadie se acuerde de mí.

Queriendo contradecirle.

Cond. Permitidme...

Stornf. Al cabo de mis dias, me veo precisado á andar arrastrando... Cada qual que pasa me echa una mirada insultante, y me vuelve las espaldas... ¡Ah! ¿por qué la bala que me pasó el sombrero, no me pasaria la cabeza?

Le muestra.

Así no necesitaría de nadie.

Cond. ¿Quál es la causa de vuestra desgracia?

Stornf. Nada, señor Conde; os lo juro: una miseria, que no merecia la pena de que por ella se reformase á un soldado valiente, y se le quita-

sen los medios de subsistir. Vos tambien habeis servido; juzgad si me han hecho justicia... Habian puesto á mi mando una division de tropas; supe que el enemigo no estaba alerta; le sorprehendí una noche, y le derroté... Os juro que no se hubiera escapado uno siquiera, si al huir no hubiesen puesto fuego á la ciudad.

Sorprehendido.

Cond. ¡Cielos!... ¿Y quién mandaba las tropas enemigas?

Stornf. Mi yerno: era un furioso, que no tenia ni aun sentido comun... Pero no quiero acordarme de esto. Ya llevó el pago merecido, muriendo en su puesto... ¿Queréis creer que intentáron perderme, por haber acometido con buen éxîto, una atrevida empresa, sin haber tenido órden?

Cond. Eso fué mucho rigor.

Stornf. Despues me han acusado de haber muerto al hijo del General, y de haber hablado libremente en el Consejo de Guerra. La primera acusacion es falsa; y tengo por nula la segunda... ¿No es mortificarse para un viejo Oficial ver que le prefieren un niño, un aturdido, que á cada instante vuelve atrás la cabeza, por ver si su espada le sigue? Atacóme un dia; me ví precisado

á defenderme; y no es culpa mia, si arrebatado de su cólera, se dió muerte á sí mismo, arrojándose sobre mi espada... En quanto á lo que dixe del Consejo de Guerra, tenia derecho para decirlo, puesto que decia la verdad.

Vern. ¿Y esa verdad os ha hecho perder vuestros servicios, vuestros bienes, y vuestro honor?

Vivamente.

Stornf. Os engañais amigo... yo siempre soy hombre de honor.

Cond. Dexemos eso... ¡Felipe!

Sale Felipe.

Felip. ¡Señor!

Cond. Mi secretario sabe las órdenes que le tengo dadas: que esté pronto. *Vase Felipe.*

A Stornfels.

En vuestro país puede suceder que no siempre se observe justicia, ni se recompense el mérito... mas aquí hay la seguridad de que siempre será apreciado... He tenido proporcion de hablar por vos al Ministro. ¿Queréis tomaros la pena de pasar á su casa? Mi secretario os acompañará.

Vern. Si me lo permitís, yo tambien le acompañaré.

Cond. Con mucho gusto; tanto mejor. Mas si queréis hablar al Ministro, el tiempo urge.

Stornf. ¿Así como estoy?

Vern. Sí, eso es precisamente lo que os recomienda.

Stornf. ¿Lo que me recomienda?...

Picado.

Sí, experiencia tengo de ello...

Vern. No todos los hombres juzgan por el exterior. El Ministro es un hombre prudente, ilustrado, y de buenos sentimientos.

Stornf. Muy bien: iré... Señor Conde, os doy las gracias por tantos favores...

A Vernin, al salir.

A la verdad, amigo, voy viendo que hay en el mundo mas hombres de bien, que los que yo creía... ¿Mas quién diablos ha de ir á burcarlos á esas grandes casas? *Vanse.*

SCENA VI.

El Conde solo paseándose.

Cond. ¡Que los Oficiales valientes hayan de vivir en la miseria, miéntras que los cobardes estan rebosando riquezas! ¡O fortuna! ¡fortuna!... ¡quán ciega eres en la distribucion de tus bienes!... Este venerable anciano me ha interesado sobre manera... Su presencia, y la relacion inge-

nua de sus desgracias, me han distraído algun tanto de mis tristes pensamientos... ¡Ah! ¡Emilia!... ¡Emilia!... tu imágen me ocupará eternamente... tu pérdida... la espantosa imágen de tu muerte...

Se detiene, y fixa tristemente los ojos en tierra.

SCENA VII.

La Condesa y el Conde.

Condesa. ¡Hijo mio!... ¡El desgraciado no oye!... ¡Hijo mio!

Cond. ¡Ah! ¡madre! ¿sois vos?

Condesa. Acaban de traer esta carta de parte del Ministro.

El Conde la abre y lee.

¡Qué aspecto tan melancólico!... ¡qué seriedad tan terrible!... mucho me hace temblar.

Despues de haberla leído.

Cond. Me proponen un empleo.

Condesa. ¿Un empleo militar?

Cond. No, señora: una embaxada... ¡Felipe!

Sale Felipe.

Felip. ¡Señor!

Cond. Mi coche. No la aceptaré. *Vase Felipe.*

Condesa. ¿Y por qué no?

Cond. No teniendo valor en la situacion en que me hallo, para cumplir las mas fáciles obligaciones, seré mas perjudicial que útil al Estado, en un puesto tan importante.

Condesa. ¿Y qué dirán si le renuncias?

Cond. Dirán que soy altanero, que no quiero hacer ningun sacrificio por el Estado; que soy indigno de la bondad y las gracias con que el Rey me honra... No quiero exâminar lo que podrán decir. Puedo justificarme; y he servido hasta aquí con honor.

SCENA VIII.

Los mismos y Julia.

Julia. ¡Hermano! tu Abogado te está aguardando. *A su madre, y quiere irse.*

Cond. Permitidme...

Condesa. Viene, hijo mio, á hablarte sobre tu pleyto con Spilding. Bien sé que la justicia está de tu parte: pero acuérdate de su pobre familia.

Cond. Es pobre, ya lo sé: mas no le debo sacrificar mis derechos. El orgullo es quien le ha hecho infeliz; la necesidad le humanará. Si gano el

pleyto, yo procuraré que de nada carezca. *Vase.*

SCENA IX.

La Condesa y Julia.

Jul. Paréceme que mi hermano está tranquilo.

Cond. Quiere ocultarnos su pena... ¡Mas ay! Quánto mas tranquilo parece, tanto mas le temo.

SCENA X.

Las mismas y Vernin.

Vern. Señoras, Fircland acaba de llegar. Su criado me ha dado ahora una noticia... Si es cierta, somos dichosos: si no lo es, somos desdichados.

Condesa. ¿Y qué noticia es?

Vern. No puedo deciros mas por ahora; voy á estar con él en persona... Si teneis ocasion de hablar al Conde, pronunciad delante de él, como por casualidad, el apellido de Tronsberg... Voy al instante á cerciorarme del caso; volveré quanto ántes. *Vase.*

Condesa. ¡Vernin! *Llamándole.*
¿Qué querrá decir con esto?

Jul. Madre mia, paréceme que lo adivino... sin du-

da es alguna buena noticia para mi hermano, puesto que debemos nombrar el apellido de Tronsberg... Acaso será el de Emilia; quizá vivirá todavía.

Condesa. ¡Pluguiese al cielo!

Jul. No lo dudo, madre mia; el corazon me lo dice... Su Emilia está en salvo, no ha perecido en el incendio.

Condesa. Tu esperanza se desvanecerá bien presto, mi querida Julia. Tengo pruebas ciertas de su desgracia...

Derrama algunas lágrimas, y al cabo de algunos instantes de pausa, prosigue con tono mas tranquilo.

La recompensa que su providad merece, acaso no la logrará en este mundo... Ven, hija mia; un consuelo infundado solo sirve de preparar nuevo alimento á la desesperacion... Ven, hagamos porque no se ausente. El tiempo y nuestro cuidado, lograrán acaso restituirle su antigua tranquilidad.

ACTO QUINTO.

SCENA PRIMERA.

La Condesa y Julia.

Condesa. Todas mis fatigas han sido inútiles: subsiste en su resolucion...

Con agitacion.

¿Volveré á verle otra vez?

Jul. Sosiéguese vm., madre mia. ¡Situacion cruel! pero me alienta mucho la firmeza de su carácter.

Condesa. ¿La firmeza de su carácter?... ¡Ah! ¿podrá eso deslumbrarle?... Esa tranquilidad aparente no es mas que un velo que encubre la mas terrible desesperacion... Yo he descorrido este velo: he querido estrecharle para que cediese á nuestras instancias; pero me ha respondido que su corazon está cruelmente herido con la pérdida de Emilia; pero que puedo confiar en que el tiempo, la prudencia de mis consejos, y la voz de la razon le irán reduciendo poco á poco á mejor estado; y que solo me ruega le conceda algunos dias para reponerse enteramente.... Nos separamos; no le perdí de vista miéntras

pude.. y quando ya le pareció que estaba solo... ¡ó Dios, y lo que ví!... Abandonado á la mas amarga pena...

SCENA II.

Las mismas y Felipe.

Felip. ¡Señora!

Condesa. ¿Qué quieres?

Felip. Aquí hay una muger, que pide licencia para hablaros!

Condesa. ¿Quién es esa muger?

Felip. Yo no la conozco. Esta mañana la he visto con el mayordomo Kulpel... Dice que se llama Madama Wandel; y que tiene un asunto muy urgente que comunicaros.

Condesa. Dila que entre. *Vase Felipe.*
¡Un asunto muy urgente!.... Cada noticia me asusta, y pone en nuevo cuidado.

SCENA III.

La Condesa, Julia y Madama Wandel.

Madama Wandel entra temblando.

Condesa. ¿Qué queréis, buena muger?

Mad. Wand. Suplicoos, señora, perdonéis la libertad que me tomo... Solo vengo á preguntaros, si sois vos quien ha enviado un coche, para traer á una señorita que está hospedada en mi casa.

Condesa. ¿Cómo?

Mad. Wand. Sí, señora: suplicoos no os enfadeis... Me han engañado muchas veces; y debo tomar todas las precauciones posibles, para que la pobre señorita no caiga en manos de gente mal intencionada; porque la quiero de todo corazon.

Condesa. ¿Qué queréis decir, muger?... Yo no os entiendo.

Jul. Perdone vm., madre mia; es la hija del Coronel Stornfels. He enviado á Cárlos con el coche, para que la traigan: Vernin se encargó de prevenírselo.

Mad. Wand. ¡Ah! ¿con qué sois vos quien ha enviado el coche?... De ese modo me marcho al instante á participarla esta agradable noticia... ¡Ay señoras! creed que en estos tiempos no sobra ninguna precaucion. ¿Queréis creer, que un mayordomo del señor Conde concurría, de pocos dias á esta parte, á mi casa á hacer la corte

á la señorita?... ¡Se daba un ayre de hombre de circunstancias, haciéndose pasar por tal!... Pues este mismo sugeto nos ha salido al cabo un gran bribon, que queria robarnos, y seducir á aquella amable jóven... Perdonad si os importuno: quando empiezo á hablar, no sé dexarlo... Me voy quanto ántes, para enviárosla sin dilacion... Soy vuestra mas humilde servidora.

SCENA IV.

Las mismas, Madama Orlehim y Cárlos.

Cárlos, que entra el primero, mira á todas partes, y llama en voz baxa á Julia.

Cárl. ¡Señorita! ¡señorita!

Jul. ¿Ha venido ya?

Cárl. Sí, señora.

Jul. ¿Dónde está?

Cárl. Vedla. *Abre la puerta.*

Entra Madama Orlehim.

Mad. Wand. ¿Qué es vm., señorita?

Se adelanta á recibir á Madama Orlehim, la saluda; y despues dice á Cárlos.

Jul. ¿Dónde está el Conde?

Cárl. En casa del Ministro Bernau: he visto su coche á la puerta.

Jul. Bien está. Ten cuidado de que nadie entre aquí... *Señalando á Madama Wandel.* Lleva á esa señora, y dale para refrescar.

Cárl. Venga vm. conmigo, señora. *Vanse.*

SCENA V.

La Condesa, Julia y Madama Orlehim.

A Madama Orlehim.

Condesa. Tengo mucho gusto en veros, Madamá. Nadie se interesa mas que yo en vuestras desgracias: contad con que haré por vos quanto esté de mi parte.

Jul. Vernin nos ha hablado de vos, de un modo el mas ventajoso.

Mad. Orl. ¡Qué hombre tan respetable!... A no sér por él... acaso no tendria ya padre... El, y esa buena muger, que acaba de salir.... ¡ah!... ¿Mas para qué ocultaros la verdad?... Sí; á no ser por ellos, ya hubiéramos perecido, víctimas de la necesidad, enmedio de los hombres.

Jul. ¡Cielos!

Mad. Orl. Perdonadme esta declaracion; pocos gustan de oirla: la palabra *necesidad* es ingrata; mas... el efecto no es ménos verdadero y terrible para los infelices.

Jul. ¿Es posible que los hombres tengan tan poca caridad con sus semejantes?

Mad. Orl. Sí, señora, es posible: y nosotros hemos experimentado esta funesta verdad... Las voces *pena* y *miseria* incomodan á sus oídos. El indigente los hace volver el rostro; huyen de él como de una enfermedad contagiosa, y le dexan abandonado á su triste suerte.

Condesa. ¡Bárbaros!... ¿Y habeis podido soportar tantos infortunios?

Mad. Orl. El infortunio enseña á sufrir, señora: es la escuela de la firmeza... Pero sin embargo, su enorme peso abruma al fin, y...

Jul. Sosegaos, Madama... Aun podeis ser feliz.

Mad. Orl. ¡Jamas, jamas, señorita!... La indigencia no es la única causa de mi desgracia; no solo tengo que llorar los infortunios de mi padre.... no... se acabó ya la dicha para mí. *Llora.*

Enternecida.

Jul. ¡Ay madre mia!

Condesa. ¡Hija mia!

Jul. Mi corazon está agitado.

Levantándose, y abrazando á Mad. Orlehim.

Abrazadme: admitidme por amiga vuestra.... ¡me inspirais tanto interés!...

Mira á Julia, y se aparta de ella al instante con admiracion y susto.

Mad. Orl. ¡Ah señorita! vuestra sensibilidad...

Jul. ¿Qué teneis, mi querida amiga?

Contempla á Julia con atencion, y dice afectuosamente.

Mad. Orl. Nada. ¡Ah!... ¿Podréis disminuir mi pena?

Jul. Sí, amiga mia, sí. *Con interés.*

Mad. Orl. ¡Ah! ¡si fuere posible!

Jul. Yo haré quanto haya que hacer en el mundo.

Mirando fixamente á Julia.

Mad. Orl. ¡Qué semejanza!

Con sensibilidad.

¡Todas las facciones son de él!... Sí; ¡este es aquel tierno ademan con que me estrechaba entre sus brazos!...

Durante una pausa bastante larga, en la qual tiene fixos los ojos en Julia, derrama algunas lágrimas, y al fin exclama.

! Ay Orlehim mio!

Julia y la Condesa, admiradas, repiten á un mismo tiempo.

Las dos. ¿Orlehim mio?

Condesa. ¡Qué! hija mia, ¿conoceis á Orlehim?

Mad. Orl. ¿Si le conozco me preguntais? ¿Cómo no, si era mi esposo?

Las dos. ¿Vuestro esposo?

Lentamente, y con el mayor sentimiento; y las lágrimas le interrumpen las palabras.

Mad. Orl. Sí, mi esposo... él era...

Condesa. ¿Mi hijo?

Jul. ¿Mi hermano?

Mad. Orl. No: mi Orlehim era mi esposo... El instante que iba á unirnos.... fué.... el de su muerte.

Sorprehendida.

Condesa. ¡Julia!

Jul. ¡O madre mia!

Á Madama Orlehim.

¿Os llamais Emilia?

Mad. Orl. Sí, señora, la desgraciada Emilia.

Levántase del asiento para oir con mas atencion.

Vivamente.

Condesa. ¿Y el apellido de Tronsberg?

Sorprehendida.

Mad. Orl. Ese es el verdadero apellido de mi padre.

Abrazándola á un mismo tiempo.

Jul. y Cond. ¡Hermana mia! ¡Hija mia!

Mad. Orl. ¿Cómo?

Condesa. Sí; tú eres mi hija, mi Emilia. Tu Orlehim vive.

Con enagenamiento.

Mad. Orl. ¿Mi Orlehim vive?

Tristemente.

No es posible: yo he visto su sepulcro.

Condesa. El de su primo, que tenia el mismo apellido; él es el que fué muerto: tu esposo vive.

Mad. Orl. ¿Orlehim?

Jul. Sí, sí; tu Orlehim. Al presente se intitula Conde de Olsbach: es mi hermano; y tú, mi querida hermana.

Mad. Orl. ¡Cielos! ¿es cierto que vive?

Condesa. Sí, hija mia, vive: le verás bien presto; presto le estrecharás entre tus brazos.

Mad. Orl. Esto es mucho, esto es mucho...

Vuelve á sentarse como desmayada en el canapé; pero volviendo en sí prontamente, dice con tono de inquietud.

Pero... ¿y ama siempre á su Emilia?

Jul. ¿Si la ama preguntas? Tu creída muerte le tiene reducido á la mas triste desesperacion: te contemplaba víctima de las llamas.

Mad. Orl. ¡Ay Orlehim mio! No, no; tu fiel Emilia se libró del incendio.

Condesa. ¿Y por qué milagro?

Mad. Orl. De todos quantos vivian en la misma casa, yo sola me salvé de la voracidad de las llamas. Mi padre, arrostrando por todos los peligros, se lanzó enmedio del incendio; me sacó á salvo, y llevóme á su exército. Poco tiempo despues me conduxo á una fortaleza, donde permanecí hasta el fin de la guerra. El fué quien, sin haber recibido órden, aventuró aquel ataque imprevisto, por librarme del cautiverio, donde creía que yo estaba padeciendo... ¡Ay! ¡esta empresa le ha costado su empleo y su fortuna!

Condesa. ¿Con que segun eso, era secreto vuestro matrimonio?

Mad. Orl. Mi tia era la única que tenia noticia de él... ¿Pero dónde está mi Orlehim?... ¿dónde está? ¿Le volveré á ver pronto?

SCENA VI.

Las mismas y Cárlos.

Cárl. Acaba de parar un coche á la puerta.

Jul. ¿Hay alguno en la antecámara?

Cárl. Nadie. *Vase.*

Condesa. Ven, querida Emilia; sin duda es mi hijo.

Quiere salir al encuentro.

Mad. Orl. ¿Vuestro hijo? ¿mi esposo?

Condesa. ¡No, hija mia!... El placer de una sorpresa semejante sería demasiado violento. Ten paciencia por algunos momentos: Julia irá á prepararle.

Mad. Orl. ¿Y podré yo esperar entretanto?

Sale Cárlos.

Cárl. El señor Conde.

Condesa. Es preciso retirarnos. Dentro de muy poco nada te quedará que desear; serás completamente feliz.

Mad. Orl. ¿Y mi padre? ¿y mi esposo?

La lleva consigo, y la dice al salir.

Jul. Todos, amiga mia, todos. ¡Ay Emilia! ¡quánto se interesa por tí mi corazon!

Salen todos por una puerta, excepto Cárlos.

SCENA VII.

El Conde y Cárlos, con algunos Criados que se retiran al instante.

Cond. ¡Cárlos!

Cárl. ¿Señor?

Cond. Vé á decir á Vernin, que me haga el favor de verse conmigo quanto ántes pueda.

Cárl. Está bien, señor. *Vase.*

SCENA VIII.

Los mismos y Julia.

Llama sin ver á Julia.

Cond. ¡Cárlos!

Que vuelve.

Cárl. ¿Señor?

Mirando á su relox.

Cond. A media noche marcharémos.

Cárl. ¿Hoy?

Cond. Sí, hoy mismo.

Vase Cárlos: Julia le habla al oído, y él dá á entender con algunos gestos que le ha entendido.

SCENA IX.

El Conde, Julia, siempre retirada.

Cond. Aun necesito algunos momentos... y despues quedaré en libertad.

Se sienta consternado en el sofá; y despues de algunos momentos de silencio, dice:

Cond. ¡Querida Emilia!... ¡desgraciada esposa!... recibe el tributo de mis lágrimas... toda mi alma te llora...

Otra pausa, durante la qual procura reportarse.

Aun no he cumplido con todas mis obligaciones... Debo dexar el mundo, como hombre de providad... La felicidad de mi hermana, la de mi amigo... ¡Felipe!... ¿Quién está ahí?

Acercándose.

Jul. ¿Qué quiere el señor Conde?

Cond. ¿Eres tú, hermana mia?

Jul. Sí, yo soy. ¿Con que á media noche?

Cond. ¿Cómo?...

Jul. Que á la media noche piensa dexarnos el señor Conde... ¡Muy bien!

Cond. Falta que él lo diga.

Jul. ¿Y marcharás sin decirnos *á Dios*?

Cond. No, hermana mia.

Jul. Haz lo que gustes... Pero, hermano mio, la hora de la media noche es bastante incómoda: me parece que harías mejor en aguardarte hasta el amanecer.

Cond. No aguardaré una hora mas.

Jul. ¿Ni siquiera nna hora? ¿por qué?... Estás muy dicidido... Yo soy dócil; pero á veces, soy tan decidida como tú. Sin embargo, puedes partir; no te detendrémos un minuto: ántes, por el contrario, te deseamos feliz viage.

Cond. ¿Posible es que te chancees en el estado en que me ves?

Jul. ¿Chancearme? no por cierto; hablo muy seriamente... Mas parece que arrugas el ceño: dexemos esta conversacion, y hablemos de otra cosa mas importante... de tu Emilia. Perdona mi curiosidad... ¿Nos quieres dexar por causa de tu Emilia?

Cond. Sí, precisamente por causa de mi Emilia.

Jul. ¡Muy bien! ¡A la verdad me causas admiracion! tú eres como los amantes de antaño, que suspiraban toda su vida por sus queridas... mas con todo eso me parece bastante bien meditada tu resolucion, y aun la hallo muy precipitada para un filósofo. Quando fuese cierta la muerte de tu Emilia, que aun lo dudo, no veo que tu con-

ducta corresponda al carácter y á los principios que has seguido hasta el presente. No se me ha olvidado una instruccion muy útil y muy sábia que mi señor hermano me dió, no ha mucho tiempo, y de cuya verdad intentaba persuadirme con la mayor eficacia. "El sábio, me decia, »debe estar siempre prevenido contra la desgra»cia, tener firmeza quando ésta es inevitable, y »tranquilidad quando ha sucedido." Si mi Mentor quisiese tener la bondad de aprovecharse de tan buena leccion...

Cond. Hermana mia, ¿por qué me atormentas?

Jul. Vea vm., querer consolar es atormentar... ¡Qué debilidades tienen los grandes talentos! Miéntras que nada les es adverso, miran quanto los rodéa con desden y compasion; pero al menor revés, estos hombres tan altivos pierden la fuerza y el sentido...

El Conde suspira.

¿Suspiras?... Siempre puedes hacerlo á tu gusto; ¡pero dexar el mundo! No, no te lo permito... no debes alejarte en esta ocasion. El mundo puede tener necesidad de tí, aunque tú presumas no necesitarle.

SCENA X.

Los mismos y Vernin.

Julia divisa á Vernin, le sale al encuentro, y le dice en voz baxa.

Jul. Sabeis...

Vern. Mi señora la Condesa me ha informado de todo.

Jul. Luego al punto le hablarémos del asunto.

En voz alta.

Venga vm., Vernin, á despedirse de mi hermano, que se marcha á media noche.

Vern. Acabo de saberlo... Pero, Conde, me teneis prometido diferir vuestra partida.

Cond. Ya he cumplido mi palabra... Vernin, no hay que instarme mas: nada en el mundo podrá mudar mi resolucion.

Jul. ¿Nada en el mundo? ¿Ni aun tu Emilia?

Cond. ¡Ah cruel!

Enternecida.

Jul. Hablad, Vernin...

Vern. Conde; no sin razon os he instado para que suspendieseis vuestra marcha. Vuestro antiguo Auditor, Fircland, dice, que aun duda todavía

que sea cierta la muerte de vuestra Emilia.

Cond. ¿Cómo?

Vern. Es cierto que se han hallado entre las ruinas huesos de cuerpos abrasados; pero se crce que son de los padres, ó domésticos de Emilia. Además aseguran haber visto algunos soldados arrojarse en medio de las llamas, por mandado de un Oficial anciano, ántes que la casa se abrasase enteramente; y así es muy probable que...

Cond. ¿Probable? ¡Qué triste y mezquino consuelo! No, Vernin; tengo pruebas muy ciertas de mi desgracia. A instancias mias se han hecho las mas exâctas pesquisas en el exército del enemigo; se han registrado todas las casas de la ciudad incendiada; y todo se reune para confirmarme en la certidumbre de mi pérdida irreparable.

SCENA II.

Los mismos y la Condesa.

Condesa. Julia, ya es ocasion... *A Jul. á aparte.* La infeliz está fuera de sí.

A Vernin.

¿Vernin, habeis hablado á mi hijo?

Vern. Sí, señora; le he dicho lo que teniamos acordado.

Condesa. Hijo, me dicen que quieres dexarnos esta noche.

Cond. Madre mia... solo podré hallar reposo en la soledad : aquí todo el mundo sabe mi secreto... todos me atormentan.

Jul. Madre, nosotros somos todo el mundo.

Enternecido.

Cond. Mucho me afliges, Julia.

Jul. ¡Es posible!...

Cond. ¿Quieres que me vengue?

Jul. Como quieras.

Cond. Bien sé que conoces á tu hermano.

En voz baxa.

¿Vernin no es amigo tuyo?

Jul. Ciertamente.

Cond. ¿Y nada mas?

Los ojos baxados y algo sonrojada.

Jul. ¡Qué pregunta tan extraña!

Cond. Estoy bastante instruído.

Se acerca á Vernin.

Vernin, ántes de partir, quiero casar á mi hermana. He elegido un esposo digno de ella. ¿Qué os parece?

Vern. ¿A mí?

Cond. ¿Haré bien?

Vernin algo sorprehendido, y dirigiendo á Julia una mirada tierna, dice:

Vern. Sí por cierto... si su felicidad y su gusto se cifran...

Suspira.

Cond. Julia, dame tu mano...

A la Condesa.

¿Madre mia?

Condesa. Hijo mio, ya sabes mi voluntad.

Lleva el Conde á Julia hácia donde está Vernin, y dice:

Cond. Julia, yo debo vengarme.

Pone la mano de Julia sobre la de Vernin.

Vernin, vengarme.

Jul. ¡Hermano mio!...

Vern. ¡Mi amigo!...

Cond. Fuera cumplimientos: eres digno de mi hermana. Esta era la única y mas agradable de mis obligaciones que me restaba cumplir; ya está cumplida... Permitidme ahora...

Le abraza.

Condesa. No, hijo mio, no me dexarás.

Abrazándola.

Cond. ¡Mi querida y tierna madre!

Enternecida.

Condesa. ¡Generoso hijo! tú has hecho felices á

quantos te rodéan ; ¿y tú... tú solo habias de ser desdichado? *Vase.*

SCENA XII.

El Conde, Julia y Vernin.

Cond. ¡Ah, excelente amiga!...

Siguiendo á su madre con la vista.

Su corazon se despedaza... mi desgracia la desespera.

Vern. ¿Tu desgracia? No amigo mio. ¿Es acaso desgraciado el hombre quando hace felices á los demas?

Cond. Es cierto; esa satisfaccion me restituye la tranquilidad: mas solo es por algunos momentos.

Vern. No, amigo mio, no: tu felicidad es completa... ¿Qué mas puedes desear? Lo que quieres mas que á tu vida, es feliz por tu causa.

Cond. ¿Cómo?

Vern. Repórtate... recoge todas tus fuerzas, toda tu firmeza para soportar tu felicidad.

Cond. ¿Mi felicidad?

SCENA XIII.

Los mismos y la Condesa con Emilia.

Emilia y la Condesa entran sin ser vistas del Conde. Apénas puede ésta contener á Emilia, la qual da muestras de la mayor inquietud.

Jul. Sí, sí; tú acusas á la suerte, y acaso eres mas feliz de lo que piensas.

Cond. ¡Hermana mia! ¿Será posible?... Habla, explícate.

Jul. Mira... busca tu felicidad.

Vuelve al Conde hácia su madre, la qual habiéndosele aproxîmado, se viene á encontrar á su derecha. Emilia está á distancia de un paso, detras de ella; de modo que aun habiendo dado el Conde una media vuelta, no la vé todavía.

Condesa. Hijo mio, mi ternura maternal me conduce aquí otra vez. No puedo verte marchar, sin recompensar tu providad y beneficencia... Recibe de mi mano el premio que merecen tus virtudes.

Toma la mano de Emilia, y la pone sobre la de su hijo.

Cond. ¡Emilia! ¡Cielos! *Viendo á Emilia.*

Se abandona en sus brazos.

Emil. ¡Orlehim! ¡Orlehim mio!

Cond. ¿Eres Emilia?... No, no eres tú... algun vano sueño me engaña.

Emil. Abrázame; estréchate contra mi corazon, y le sentirás palpitar.

Cond. ¡Emilia!... ¡mi querida Emilia! ¡tú vives todavía!...

Despues de una larga pausa, durante la qual, todos los personages dan muestras de la mayor sensibilidad y complacencia, echa el Conde una mirada á la Condesa, se desprende de los brazos de Emilia, y se arroja á los pies de su madre, diciendo:

¡O madre mia! ¡qué felicidad!... ¡Ah!... ¿Tendré valor para resistirla?

Levántale la Condesa.

¡Vernin! ¡Hermana mia!... ¿Qué veo?... ¿Llorais?... ¡Ah! ¿Pende de mí alguna cosa para completar vuestra felicidad?... Pedid.

Jul. Nada nos falta: nuestra felicidad es completa. Ya ves como no era infundada mi alegría.

Cond. ¡Emilia mia! ¿Posible es que vuelvo á verte?

Emil. ¡Orlehim mio! ¿Con que al fin te vuelvo á poseer?... ¡Ah! jamas, jamas te dexaré apartar de mi lado... ¡Qué de penas no he sufrido!...

¡Quántas lágrimas no he derramado!...

Abrazándole.

Mas ahora, ahora ya te tengo entre mis brazos... ¡Qué placer!... Yo no puedo hablar... Déxame, déxame poseerte para siempre...

Alza las manos al cielo con enagenamiento, y dice:

¡Orlehim mio! Si el cielo oye mi súplica, gozarémos de la mas perfecta felicidad... Sí la oirá; porque no puede ser mas sincera, ni mas ardiente.

SCENA XIV.

Los mismos y Stornfels.

Stornf. Por fin ya está afianzado...

Al Conde.

Servidor vuestro, señor Conde... Aquel pícaro ya ha llevado el pago.

Cond. ¿Quién?

Stornf. Ese miserable mayordomo... En mi vida he visto pícaro mas descarado... Ya queda el tal Kulpel alojado por toda su vida.

Emil. ¡Ah, padre mio!

Sorprehendido.

Cond. ¡Cómo!... ¿Tu padre?

Stornf. ¿Hija mia, estás aquí?

Mostrando al Conde.

Mira nuestro bienhechor.

Emil. ¿Nuestro bienhechor, padre mio... Y mi esposo tambien.

Stornf. ¡Cómo!... ¿Cómo?... ¿Tu esposo?...

Emil. Sí, padre mio; mi esposo, mi Orlehim, cuya muerte he llorado tanto tiempo.

Stornf. Pero vosotros... ¡Por mi vida que es cosa bien extraña!... ¿Pues no os llamais el Conde de Olsbach?

Cond. Me intitulo así desde que se ha hecho la paz. El Rey me ha dado este Condado, con todos sus títulos; pero el nombre de mi familia es Orlehim.

Stornf. ¿Orlehim?... Ya... En ese caso, sois el mismo á quien yo desperté aquella noche en la faccion de Ramster.

Cond. ¿De Ramster?... No señor. Mi enemigo era un tal Tronsberg.

Stornf. Yo era, yo. Despues me he visto precisado á mudar de apellido.

Cond. ¿Y por qué?

Stornf. ¡He!.... Aquel valenton, que se atravesó él mismo con mi espada, tiene parientes en este país; los quales no hubieran dexado de perseguirme, si hubiesen llegado á saber mi verdadero nombre.

He aquí porqué tomé el de Stornfels.. Mas ahora ya no temo; he contado toda mi historia al Ministro, y me ha ofrecido su proteccion... Pero, Conde; vuestros soldados en verdad que eran unos cobardes: no tuviéron razon para poner fuego á la ciudad. Perdonad mi franqueza; yo creo que lo harian sin órden vuestra.

Cond. No, seguramente.

Stornf. Pero si me dixéron que habiais quedado en el campo de batalla. Mi hija ha visto vuestro sepulcro en una Iglesia inmediata á Ramster.

Cond. Se han equivocado: es el de mi primo, que era quien tenia el mando. Su falta de precaucion le costó la vida, y ha sido causa de todas nuestras zozobras.

Stornf. Muy bien, muy bien. A la verdad ya estaba yo enfadado. Perdonad si ántes me he arrebatado contra vos... Sois un soldado valiente: mas no quiero decir lo que juzgo de vuestro primo; basta: ha muerto, y al fin sois mi hijo.

Cond. ¡O padre mio! solo este nombre faltaba para completar mi felicidad.

Stornf. Ven, hijo mio, abrázame. *Se abrazan.* Por quien soy, que se me arrasan los ojos de lágrimas... mas en este momento no me avergüenzo de llorar.

Cond. ¡Cómo podria yo prometerme que todo acabaria tan felizmente para mí!... ¡O Emilia mia!... ¡Julia!... ¡Vernin!... Vuestras almas sensibles me preparaban esta gran satisfaccion... Y vos, mi respetable y tierna madre, vivid persuadida de que conozco todo el lleno de mi felicidad.

Condesa. Eso era todo lo que yo deseaba, ¡hijo mio!... Pero conoced tambien, hijos mios ¡quál es el placer de una tierna madre, quando vé á sus hijos felices!

FIN.

